BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

PLANETA ERRANTE

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION





PLANETA ERRANTE

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

447 - Sangre verde, *Ralph Barby*.

448 - Conquistador de mundos, *Clark Carrados*.

449 - La ambición del terrícola, *Ralph Barby*.

450 - Asalto a la 4ª dimensión, *Glenn Parrish*.

451 - ¡Cadáveres!, *Curtis Garland*.

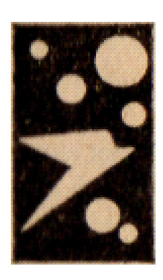
GLENN PARRISH

PLANETA ERRANTE

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 452

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 6.167 - 1979

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: abril, 1979

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Lanzada a través del espacio, a velocidades de decenas de miles de kilómetros por segundo, la astronave *Paradise* volaba llevando en su seno la depravación y el vicio más absolutos.

Era un aparato gigantesco, de más de mil doscientos metros de longitud por cuatrocientos de diámetro. En sus tanques había combustible suficiente para moverla de uno al otro extremo de la Galaxia. En las bodegas había almacenados víveres bastantes para que todos los ocupantes, pasajeros y tripulación, en número aproximado al centenar, pudieran subsistir sin dificultad cinco años, antes de empezar a pensar en un hipotético racionamiento.

Había en la nave todo cuanto la mente humana es capaz de imaginar para la diversión y el ocio: una cubierta dedicada exclusivamente a jardines, de casi ochocientos metros de largo por cuatrocientos de anchura, con paseos, arboledas y estanques y surtidores, biblioteca, salón de proyecciones, un enorme bar, en donde se podían tomar las bebidas más variadas, terrestres y exóticas, lujosísimos camarotes... Los que habían oído hablar de la nave en alguna ocasión, y más aún, quienes habían podido admirarla por dentro, sabían que el nombre era enteramente justificado. *Paradise,* Paraíso.

Pero aquel navío estelar no tenía nada de edénico. Era solamente-el paraíso de los sentidos, edén del vició y templo del placer, en todos sus aspectos.

La nave pertenecía a una sola persona. Era mujer y se llamaba Roberta Stevenson, aunque los íntimos la llamaban Bobbie. Tenía veintiséis años, había estado casada dos veces y su fortuna se calculaba en dos billones de «garants», la moneda intergaláctica.

Aquellos dos billones le producían, aun descontando los impuestos, la renta suficiente para vivir sin trabajar durante un par de millares de siglos. Tales curiosos calculaban que, aunque los intereses, por término medio, sólo produjeran un 5%, el resultado sería quinientos mil millones de «garants», y puesto que, en el caso de Roberta, se le aplicaba el máximo coeficiente de tributación, el resultado era que la renta líquida de su inconmensurable fortuna era la tontería de cincuenta mil millones anuales.

Además, Roberta era muy guapa.

Su moral, sin embargo, era más bien escasa, en opinión de los que la miraban con benevolencia. Los imparciales, por no mencionar a los que la detestaban, pensaban que la moral de Roberta era la misma que la de una colonia de estafilococos en un punto infectado de la epidermis.

* * *

En la antecámara de su departamento privado, el comandante de la *Paradise,* Kipp Kyland contemplaba con disgusto cada vez más creciente, el espectáculo que se desarrollaba en él gigantesco comedor de la nave. El Imperio romano había alcanzado su cénit dos mil quinientos años antes, pero si lo que estaba viendo no era una orgía romana, entonces él era un lama budista.

La antecámara era muy espaciosa y tenía numerosos paneles, divididos en cuadros de, por lo menos, un metro de lado y que, en realidad, eran pantallas de televisión. Había un cuadro de mando, con las teclas correspondientes, por medio del cual, el capitán Kyland podía ver instantáneamente cualquier rincón de la nave, incluyendo la zona donde rugían los motores que producían la energía total. Asimismo, el comandante podía apreciar de una ojeada el puente de mando, en donde el oficial de guardia, con los dos ayudantes de su turno, estaba sentado ante el pupitre de control, vigilando atentamente la buena marcha de la nave.

En aquellos momentos, se desarrollaba una escena curiosa en el comedor. Había dos hombres desnudos, a excepción de un pequeño taparrabos, que se disponían a luchar. Los espectadores, hombres y mujeres, ellas todas jóvenes y hermosas, estaban sentados o reclinados en los divanes que rodeaban la parte central del inmenso comedor.

Kyland frunció el ceño. No le gustaba lo que iba a suceder, pero no podía intervenir. Tenía órdenes muy concretas de la propietaria de la nave. Sólo le era permitido mantener la disciplina entre la tripulación. En cuanto a los pasajeros, lo que hicieran no era cosa suya, a menos que sus actos pudieran causar perjuicios a algún tripulante o fuesen en detrimento de la buena marcha de la nave. En todo lo demás, aunque hubiese alguna muerte, no tenía derecho a intervenir.

Los dos contendientes estaban armados con sendos machetes. Los espectadores reían y aplaudían. Se cruzaban apuestas entre ellos. Era una lucha a muerte, un combate de gladiadores, en pleno siglo XXV, no sólo tolerado, sino estimulado por la propia dueña de la nave.

De repente, se abrió la cámara y entró una mujer.

Roberta Stevenson traía en las manos una botella de champaña y dos copas. En sus ojos había el brillo especial de la persona que ha tomado un trago de más pero que, no obstante, conserva intacta su lucidez. El vestido de fiesta, largo, con franjas laterales de lentejuelas, tenía la parte superior completamente transparente. Los senos, redondos, firmes, eran perfectamente visibles.

—Capitán…

Kyland se llevó una mano a la sien.

—Señora…

Ella se acercó a la mesa más cercana, puso las copas y las llenó con el champaña.

—Vamos a brindar, capitán —propuso—. Puesto que no quiere estar con mis invitados y conmigo, yo vengo a estar con usted. Vamos, anímese, no ponga esa cara de muerto recién desenterrado.

Roberta lanzó una estridente carcajada, para celebrar su propio chiste, y se acercó a Kyland, sonriente y provocativa.

—Es usted un hombre demasiado serio, para lo joven que es, capitán —continuó—. ¿Por qué no alegra esa cara, hombre? Me lo recomendaron muy especialmente, por su historial y por su competencia profesional, pero se olvidaron de decirme que no es amigo de las diversiones.

—Cuando actúo profesionalmente, no me preocupo de divertirme, señora Stevenson —contestó él con grave acento—. Mi trabajo es lo

primero. Parece que es sencillo dirigir una nave, cuando ya ha tomado su rumbo, pero no se puede uno descuidar un momento…

—Oh, capitán, no me largue un disco rayado —exclamó ella con displicencia. Alargó una de las copas hacia Kyland—. Y beba conmigo, por favor.

Kyland se mantuvo inmóvil. Roberta insistió:

—Es una orden, capitán.

—No puedo aceptarla. No se refiere a nada profesional.

—Me parece que el que lo recomendó a usted se equivocó de medio a medio —dijo ella, con los ojos entornados—. Una espera contratar a un capitán hábil y competente, pero no a un monje…

—Señora Stevenson…

—¡Llámeme Bobbie, como todos, hombre! ¿Sabe?, mi padre era un poco chiflado y, puesto que no tuvo un hijo varón, me puso a mí el nombre, en homenaje al autor de *La Isla del Tesoro,* Roberto Luis Stevenson. ¿Qué le parece?

Roberta vació su copa y la arrojó a un lado desdeñosamente.

—En cuanto lleguemos a la Tierra, le despediré, capitán. Sí, ya sé que me va a decir que el contrato es por cinco años, y que sólo lleva, tres meses al mando de la *Paradise,* pero le pagaré todos los sueldos convenidos, más una indemnización… Oiga, ¿es que no me hace caso? ¿Por qué no me mira, -estúpido?

—¿Por qué no mira usted lo que sucede en el comedor?

Roberta volvió la vista. En aquel instante, uno de los gladiadores, herido de una terrible cuchillada en el hombro izquierdo, ponía la rodilla en tierra y se apoyaba con la mano derecha, para no caer al suelo. Su adversario saltó sobre él, lo agarró por los cabellos y le hundió el machete en el lado izquierdo del cuello. Mientras el vencido pataleaba en las últimas ansias de la muerte, el vencedor levantó su arma, chorreando’ sangre, en señal de saludo a la concurrencia, que aplaudía frenéticamente.

—Ah —exclamó Roberta, riendo satisfecha—, ha ganado el buen Diego de Zoral y ha perdido Jean Bartel. Si no me equivoco, ahora van a pelear Basil Petrovich y Gino Di Fiume. ¿Sabe, capitán?, no

apostaría un centésimo por Gino, pero las reglas del juego son así…

—¿Qué juego, señora? —preguntó Kyland, extrañado.

Dos hombres, ambos armados con sendos, machetes, al igual que los anteriores, acababan de saltar al terreno de juego. Unos sirvientes se llevaban el cuerpo del vencido, mientras otros se ocupaban de limpiar las manchas de sangre.

Petrovich era alto, musculoso, terriblemente fornido. Di Fiume era menudo, delgado, pero no débil. Sin embargo, la superior longitud de los brazos de su adversario podía decidir la lucha irremisiblemente.

—Pero ¿no lo sabía, capitán? —exclamó la joven—. En este viaje tengo ocho pretendientes, de los más activos, podríamos decir. No acabo de decidirme por ninguno de ellos y se me ocurrió que una lucha eliminatoria podría ser la solución para el problema.

—¿Una lucha… a muerte?

Roberta volvió a llenar la copa.

—Lo propuse y ellos lo aceptaron —respondió, indiferente—, El ganador, será mi esposo durante un año. Estoy apetitosa, ¿verdad? —rió, cínica—. Y, cuando nos divorciemos, le daré una sustanciosa indemnización de cien millones. ¿Qué le parece, capitán?

Kyland guardó silencio, Roberta bebió y continuó:

—Después de estos dos, lucharán Knudson y Saunders, Charles N'Bono y Karl von Schistmark. Quedarán cuatro supervivientes que volverán a pelear, emparejados por sorteo. Los dos vencedores se enfrentarán en la final. El ganador será mi esposo y usted, capitán, tendrá el alto honor de unirnos en matrimonio.

Mientras ella hablaba, Di Fiume, el presunto derrotado, había esquivado una furiosa estocada de Petrovich y, pasando por debajo de su brazo, le había hundido el machete en el vientre. Sacó el arma instantáneamente y volvió a clavarla unos centímetros a su derecha. Luego, con gesto fulgurante, cortó hacia su izquierda y los intestinos del ruso saltaron fuera. Petrovich cayó con los pies por alto, arrojando caños de sangre por las horribles heridas, a la vez que chillaba espeluznantemente. Los espectadores, sin embargo, aplaudían y reían frenéticamente, mientras el vencedor, Di Fiume, alzaba el arma ensangrentada en señal de saludo.

Roberta acababa de hablar en aquel preciso instante. Kyland no pudo dominar su cólera. Alzó su mano y la estrelló contra el rostro de la joven.

Ella gritó, a la vez que daba una vuelta completa sobre sí misma, para ir a caer a! suelo a unos pasos de distancia. Todavía con las manos apoyadas en el brillante pavimento, se volvió y miró a Kyland con ojos llameantes de furia.

—Me las pagará, capitán —dijo con voz silbante de furia—. Nadie me ofende impunemente, créame. Tarde o temprano, paga esa deuda… pero, para usted, será más bien temprano, se lo juro.

Roberta se levantó de un salto y corrió al cuadro de comunicaciones. Tocó una tecla y, con voz crispada, llamó:

—¡Señor Garrity, soy Roberta Stevenson! ¡Tenga la bondad de presentarse inmediat…! ¡Al diablo con las frases de cortesía! —dijo exasperadamente—. Soy la propietaria de la nave y le ordeno que venga ahora mismo a la cámara del capitán. ¿Me ha oído?

La respuesta tardó algunos segundos. Una voz dijo:

—Voy inmediatamente, señora Stevenson.

Roberta cruzó los brazos bajo los senos opulentos y miró fieramente al hombre que tenía frente a sí.

—Voy a destituirle, capitán —anunció.

Kyland movió la mano derecha.

—Puede hacerlo, es legal —contestó indiferente.

—Ese golpe le va a doler a usted mientras viva, créame. Nadie volverá a contratarle siquiera para desinfectar las letrinas de una astronave, nadie le dará un empleo de cargador en un astropuerto…

—Hay otros oficios, señora, y no me asusta el trabajo.

—Puede que no vuelva a trabajar en los días de su vida…

Kyland se echó a reír.

—Hay en la Tierra algo así como diez mil millones de habitantes. Es muy fácil esconderse, si uno sabe cómo hacerlo. Además, se le pasará, créame. Acabará por olvidarlo…

—¡Nunca, nunca, jamás! —exclamó ella acaloradamente.

—Hagamos una prueba. Vuelva al gran salón y diga que me ha destituido, porque he tenido la desconsideración de darle una bofetada. Vamos, explíqueselo usted a todos sus pasajeros, a los tripulantes; dígale que, por primera vez en su vida, la hermosa y adinerada Roberta Stevenson ha sabido lo que es la mano de un hombre en su mejilla. ¿Se atreverá a contar lo que ha sucedido?

Roberta se quedó estupefacta. Sin poder dominarse, llevó la mano izquierda a la mejilla golpeada y se la frotó maquinalmente.

La puerta se abrió en aquel momento. Un hombre apareció en el umbral.

—Señora... —dijo Frank Garrity, segundo oficial de la *Paradise.*

Roberta se volvió instantáneamente.

—Señor Garrity, he destituido al capitán Kyland —exclamó—. A partir de ahora, es usted el comandante de la nave, con todas las prerrogativas inherentes a su cargo.

Kyland aguardó expectante la reacción del segundo de a bordo. Hasta aquel momento, había considerado a Garrity como un hombre competente y entendido, a pesar de que nunca había existido simpatía mutua entre ambos. Sin embargo, las relaciones habían sido correctas en todo instante. Pero ni por asomo -se imaginaba lo que iba a suceder.

Garrity sacó una pistola y encañonó con ella a la pareja.

—Lo siento, señora —dijo—. Ahora soy el capitán de la nave, pero no porque usted me haya concedido el cargo, sino porque así lo hemos acordado toda la tripulación.

Kyland respingó. Roberta tenía la boca completamente abierta.

—E... es increíble —dijo ella con voz entrecortada.

—¿Un motín, señor Garrity? —preguntó Kyland.

—Exactamente, capitán... —Garrity se echó a reír—. Disculpe, es cosa de la costumbre, pero ese título ya no le corresponde a usted. Ahora, el capitán de esta nave soy yo.

—¡No puede ser! —chilló Roberta—. Es un delito gravísimo...

La mano izquierda de Garrity se movió fulminantemente, alcanzando de revés a la joven, que volvió a caer nuevamente al suelo.

— ¡Cállate, zorra! Esta ya no es tu nave —dijo con duro acento.

CAPITULO II

Apoyada en el suelo, con la barbilla manchada de sangre a causa del golpe, Roberta miró implorante al hombre a quien había insultado tan despiadadamente sólo unos minutos antes. En aquel momento, deseó no haber pronunciado una sola palabra ofensiva. Si alguien podía sacarle de aquella crítica situación era el capitán Kyland.

Pero Kyland no parecía dispuesto a intervenir. Tenía los brazos cruzados y miraba serenamente al jefe de los amotinados.

—Se le hace increíble un motín en esta época, ¿verdad, Kyland? —dijo Garrity burlonamente—. Por favor, vuelva la vista hacia la pantalla.

Kyland obedeció. En el gran salón, numerosos tripulantes, todos ellos armados con pistolas, empujaban sin ceremonias a los pasajeros. Uno de los invitados dijo algo, a la vez que intentaba resistirse, empujando con violencia al tripulante. Este alzó la pistola, apoyó la boca del cañón en la frente del rebelde y apretó el gatillo.

El pasajero se desplomó, fulminado. Fue un ejemplo para, los demás. Todos los invitados se dieron cuenta de que no era una broma de la dueña de la nave. A golpes, con patadas, soportando atroces insultos, todos los pasajeros empujados hacia la salida por los sublevados.

Roberta hizo un esfuerzo y se puso en pie.

—Ahora nos matarán... —gimoteó, terriblemente acobardada.

—No habrá más muertes, a menos que sea absolutamente necesario —contestó Garrity—. Kyland, permítame ofrecerle una oportunidad.

—Hable, Frank —dijo el joven serenamente.

—El comandante de la nave, a partir de este momento, soy yo. Pero su experiencia nos resultaría sumamente útil. Simplemente, necesitamos a un piloto como usted. ¿Qué me contesta?

—Aceptar ese cargo significaría tanto como mostrarme de acuerdo con sus actos. Creo que comprendo sus motivos, pero no puedo aceptarlo. Gracias de todos modos, Frank.

—Si no acepta... Bien, ha tomado una decisión, lo mismo que nosotros. No se lo puedo reprochar, Kipp.

—Pero ¿por qué? —preguntó Roberta afligidamente—. ¿Por qué se sublevan? Les pago buenos sueldos, tienen de todo cuanto desean, sin limitación...

—·Señora, la depravación y la inmoralidad en esta nave han llegado ya a un punto realmente insoportable —contestó Garrity en tono acusador—. No somos puritanos, pero hay cosas que nos repugnan.

—¿Ese es el verdadero motivo, Frank? —preguntó Kyland.

—El principal, Kipp.

—Pero... ¿qué van a hacer con nosotros? No pueden llevarnos a la Tierra, los encarcelarían —dijo Roberta.

— ¡Claro que no vamos a la Tierra! —respondió Garrity—, ¿Nos ha tomado por tontos? Kipp, vamos a Sphegor —declaró.

Kyland levantó las cejas.

—¿Por qué allí, Frank?

El pie del amotinado golpeó el suelo de la nave.

—Nos quedamos con la *Paradise.* Pensamos vivir allí siempre. En Sphegor se compra y se vende de todo, sin que nadie haga preguntas. Venderemos la nave y su cargamento, y nos repartiremos el importe de la operación. —Garrity sonrió maliciosamente—. Además, hay muchas joyas y dinero en la *Paradise.* Completarán el botín.

—Entonces, no se han sublevado por causas simplemente morales —observó Kyland mordazmente.

—Depende de los puntos de vista —dijo el segundo—. Los que viajan como invitados en esta nave, y por supuesto, su dueña, no se merecen seguir disfrutando de esta vida viciosa y depravada. No han trabajado nunca, son sólo parásitos repugnantes...

—Frank, ahórrese los discursos sociofilosóficos —cortó el joven con frialdad—. Todo eso lo sé yo también y, en el fondo, estoy de acuerdo con usted. Pero cuando le enrolé para segundo, usted ya sabía qué clase de viaje era el que íbamos a hacer. Por tanto, no puede alegar

ignorancia de lo que sucede a bordo.

—Esos crímenes…

—Son muertes causadas por consentimiento del propio interesado. También, al iniciar el combate, sabían lo que podía sucederles. En resumen, Frank, dejémonos de rodeos y vayamos al fondo del asunto. Ustedes quieren la nave, con todo lo que contiene a excepción de los pasajeros, para venderla a Sphegor. Les darán un buen precio, seguro; la *Paradise* es una de las mejores naves que se han construido en los últimos años y sólo en provisiones lleva una fortuna. Pero, me imagino, no van a llevarnos también a Sphegor.

—De acuerdo, capitán. Después de mucho pensarlo, hemos acordado dejarles en La Losa.

Kyland lanzó un juramento.

Días antes, habían avistado un extraño cuerpo celeste, que parecía un ladrillo de contornos irregulares y en el que, incomprensiblemente, había atmósfera y vegetación. Kyland había hecho los cálculos pertinentes y sabía que el asteroide se dirigía hacia el Sistema Solar, por cuya vecindad pasaría seis meses más tarde. Alguien había propuesto realizar una breve exploración, pero Roberta se había opuesto tajantemente y la sugerencia fue desestimada en el acto.

Dada su forma, el asteroide había recibido el nombre de La Losa. Kyland sabía que era un cuerpo celeste nuevo, que no figuraba en el completo catálogo de asteroides del sistema solar ni de ninguno de los vecinos. Lo curioso era que el asteroide viajaba a una velocidad enorme, próxima a la de la luz, cosa realmente inconcebible para un cuerpo celeste.

Y ahora iban a ser abandonados en aquel asteroide perdido en la inmensidad del espacio.

Garrity pareció adivinar sus pensamientos y sonrió.

—En efecto, capitán; allí es donde le vamos a dejar —confirmó.

* * *

La nave, inmensa, flotaba por encima de sus cabezas, manteniéndose a escasos metros del suelo, equiparada en velocidad orbital con la del asteroide. Una escalera permitía el descenso de los pasajeros al suelo, sorprendentemente cubierto de hierba.

Por otra escotilla, varios de los amotinados descargaban algunas cajas de provisiones. Desde la altura, habían avistado corrientes de agua. Los detectores habían señalado su perfecta potabilidad, pero, en cambio, no se habían observado rastros de animales en aquella zona. La vegetación, sin embargo, era abundante, casi tropical.

El número total de invitados ascendía a unos cincuenta, igualados en número de hombres y mujeres. Sólo se les había permitido llevar una bolsa con algunas prendas de ropa. Al médico de la nave, doctor Lonsdale, que se había negado a unirse a los amotinados, le habían autorizado a llevarse una maleta con elementos para primeros auxilios.

Kyland fue uno de los últimos en abandonar la *Paradise.* Cuando se disponía a salir, Garrity le entregó un objeto.

—Les resultará útil cuando hayan sobrepasado la órbita de Marte —dijo—. Consérvela como oro en paño, Kipp; así podrá enviar una llamada de socorro a la Tierra.

—Enviarán gente armada a buscarles en Sphegor —dijo Kyland ceñudamente.

—No pueden. Sphegor es un planeta independiente, que no reconoce más leyes que las suyas propias. Si al Gobierno terrestre se le ocurriese la estúpida idea de enviar una tropa armada, Sphegor ordenaría su exterminio total. Y no es la primera vez que sucede.

—Bien, en tal caso sólo me queda desearles suerte, Frank. Ya no podrán regresar jamás a la Tierra.

—Lo hemos meditado mucho y no pensamos volvernos atrás de esta decisión. Ah, les dejaremos algunas herramientas: un par de picos, palas, media docena de hachas, algunos cuchillos, un par de serruchos... Podrán construirse cabañas en donde alojarse. ¡Adiós, Kipp!

Kyland inició el descenso, cargado con la bolsa en la que había echado un par de mudas y unas botas de repuesto. La temperatura era agradable, unos 24 °C. Pasarían unos meses haciendo la vida de Robinson, pensó.

La última en salir fue la propietaria de la nave. Garrity \e dedicó una despedida especial.

—¡Adiós, golfa!

El pie de Garrity se apoyó en las posaderas de la joven. Roberta lanzó un grito al caer rodando por las escaleras. Kyland permaneció impasible.

Pero Gino Di Fiume se sintió enfurecido por el gesto. Agarró un pedrusco y lo tiró con todas sus fuerzas, alcanzando a Garrity en plena boca.

El amotinado cayó de espaldas. A su lado, uno de los tripulantes sacó la pistola y disparó hasta agotar el cargador.

Los pasajeros se dispersaron apresuradamente. Ellas chillaban enloquecidas. Di Fiume cayó y no volvió a moverse.

Garrity se puso un pañuelo en la boca ensangrentada.

—¡Vámonos ya de aquí! —rugió.

La escalera se replegó y se Cerraron las dos escotillas. La nave empezó a ganar altura lentamente al principio, con mayor rapidez después. Un minuto más tarde, era sólo un pun- tito brillante en el espacio, que se desvaneció bien pronto.

Se oyeron algunos sollozos, mezclados con interjecciones de cólera. Roberta aparecía completamente desconcertada. Era evidente que jamás se había encontrado en una situación semejante.

—Kipp, ¿qué hacemos ahora? —preguntó acongojádamente.

Kyland demoró la respuesta unos segundos. Tenía la vista fija en el ensangrentado, cuerpo de Gino Di Fiume,

—¿Qué hacemos ahora? —repitió como un eco. Sacudió la cabeza y añadió—: Antes de pensar en nada, es preciso enterrar a este pobre hombre.

Y se separó del grupo, para ir en busca de una pala.

De todos los presentes, sólo dos se movieron para ayudarle, Diego de Zoral y Charles N’Bomo. Los demás permanecieron impasibles, mientras los tres hombres cavaban la tumba.

Al terminar, De Zoral hizo la señal de la cruz.

—Creo que nos lo teníamos merecido —murmuró.

* * *

Poco más tarde, alguien indicó que deberían estudiar la situación en que se encontraban.

—A fin de cuentas, hemos de pasar seis meses aquí —dijo Leif Knudsen—. Estimo que deberíamos trazar un plan de vida y elegir a alguien para que nos dirija y se ocupe de dirigir los trabajos que sean necesarios.

—¿Por qué? —contestó Tom Saunders despectivamente—. Tenemos comida más que suficiente; el clima es benigno, hay agua de sobra... No necesitamos a nadie que nos mande y nos haga trabajar como esclavos, mientras él se abanica a la sombra.

—No hay sombra aquí, Tom —le recordó Roberta con hiriente acento.

—Era sólo una metáfora...

—Y no hay víveres para cincuenta personas durante seis meses —añadió Kyland.

—¿Qué? —gritó Von Schistmark—. ¿Habla en serio, capitán?

—En primer lugar, ya no soy capitán, porque no tengo nave que mandar —rectificó el joven—. En segundo lugar, mire esas pilas de cajas y dígame si cree que podemos alimentarnos con las provisiones que nos han dejado durante medio año.

Una mujer cayó de rodillas y estalló en sollozos. De Zoral emitió un juramento,

—Bastardos...

—Los insultos no nos ayudarán en nada, Diego —dijo Kyland sensatamente—. Pero este planetoide parece perfectamente habitable. No comprendo cómo puede suceder una cosa semejante, pero es así y debemos aceptarlo sin rompernos más la cabeza.

—Veo muchos árboles —dijo N'Bomo—. Es de suponer que alguno dé frutos, lo que podría representar un suplemento para la alimentación, Y hemos visto riachuelos, lo cual permite suponer razonablemente la existencia de peces.

—Leña tampoco nos faltará —murmuró Kyland—. Si nos comportamos con un mínimo de sensatez y de orden, podremos llegar vivos a la Tierra.

—¡No hay comida suficiente...! —empezó a chillar alguien histéricamente, pero De Zoral le arreó una patada en los riñones y lo tiró al suelo.

—Cállate, estúpido, y no pierdas la cabeza. Estamos vivos y esto es más de lo que se puede desear de momento. —Se volvió hacia Kyland —. Kipp, francamente, hubo ocasiones en que pensé que nos iban a asesinar a todos.

—Hubiera sido demasiado —contestó el joven—. Ellos lo sabían. Por uno o dos muertos, el Gobierno no hará nada, pero tratándose de todos los pasajeros de una astronave, habría presentado una reclamación a Sphegor y la situación de los amotinados se habría hecho muy incómoda.

—Bien —dijo Roberta—, puesto que necesitamos que alguien nos dirija, propongo que sometamos a votación los nombres de los candidatos que nos parezcan los mejores. ¿Qué opina usted, Kipp?

Kyland enseñó las palmas de las manos.

—No tengo ningún inconveniente, aunque le anticipo que no quiero ser...

—Tampoco pensaba proponerle —respondió ella hostilmente. Se volvió hacia los demás—. ¡Mi candidato es Torn Saunders! ¿Quién opina lo contrario?

Cuarenta manos se levantaron en el acto. Las de De Zoral, N'Bomo, un par de hombres más y tres o cuatro mujeres, permanecieron inmóviles.

—Muy bien —dijo Roberta satisfecha—. La mayoría gana. Saunders es nuestro jefe.

—Acepto el cargo —respondió el aludido—, Y propongo que lo primero que debemos hacer es marchar en busca de agua. Luego

buscaremos un lugar adecuado para acampar. Mañana podremos seguir trazando planes, para el establecimiento definitivo de esta pequeña colonia que somos todos, ¿De acuerdo?

No hubo objeciones. Saunders fue el primero en dar ejemplo. «Quizá me haya equivocado con él», pensó Kyland, al ver a Saunders que repartía equitativamente las raciones de comida.

—Mañana volveremos a por lo que queda —dijo Saunders, finalizada la operación—. ¡En marcha!

Roberta miró arrobada al hombre elegido por su sugerencia. Kyland sonrió para sí. Quizá aquella joven rica y caprichosa cambiase con las circunstancias..., pero no se sentía demasiado optimista al respecto. Si conseguían regresar a la Tierra, volvería a ser la misma de antes: rica, caprichosa, voluble...

Era preferible no pensar en el futuro de una persona que le resultaba, como mujer, absolutamente indiferente.

CAPITULO III

—No entiendo cómo hay gravedad en este planetoide —dijo Kyland una hora más tarde, mientras comían a la luz de una hoguera —. Pero ello, indudablemente, es una de las causas que permiten la existencia de vegetación.

—Hasta ahora no hemos encontrado frutos —observó N'Bomo.

—Es demasiado pronto, Charles. Y nos sobrará tiempo para explorar, si no todo, la mayor parte de La Losa.

—Este planetoide, diría yo, no pertenece al sistema solar —comentó De Zoral—. ¿Qué opina usted, Kipp?

—Me siento intrigado, francamente —respondió el aludido—. Las mediciones que hicimos al avistarlo dieron como resultado unos mil quinientos kilómetros de largo, por ochocientos de ancho y ciento veinte de grueso. Hay una ligera curvatura en el sentido de la longitud, que no sé a qué motivos achacar, pero lo realmente extraño es que haya arroyos que corran tan libremente como en la Tierra. El volumen, estimo, es de unos ciento cincuenta millones de kilómetros cúbicos, lo que nos da un peso aproximado de novecientos mil billones de toneladas, es decir, novecientos trillones de kilos. Pero, aun así, no debería ser suficiente para que hubiera una gravedad normal, tipo Tierra.

—Bueno, la tenemos y eso es suficiente —dijo Laura Stark, una simpática morena que formaba parte del grupo que no había votado a favor de Saunders.

—Sí, y también aire respirable.

—Kipp, hay una cosa que me intriga un tanto —dijo De Zoral repentinamente—. Este planetoide se parece bastante a otro que encontramos aún no hace dos semanas, al mes escaso de haber iniciado el viaje. ¿Lo recuerda?

—Sí, pero aquél era mucho mayor, al menos triplicaba en volumen a La Losa.. Y, además, no se dirigía a la Tierra.

—Exploramos aquel asteroide y por eso no quisimos visitar La Losa. Me pregunto si no procederán de la fragmentación de un

planeta mayor, debido a una terrible explosión…

—Es posible, aunque, por el momento, no podemos probarlo. Amigos —dijo Kyland—, el día ha sido pródigo en emociones de todas clases…

—Ya lo creo —exclamó Laura—, Hemos presenciado dos combates a muerte, a Gino le pegaron cuatro tiros y ahora estamos abandonados en el espacio, como náufragos de una vieja novela de aventuras,

—Pero estamos vivos y eso es lo que más importa —sonrió Kyland —. ¿Por qué no probamos a dormir un poco?

—Se acepta la proposición por unanimidad —dijo De Zoral.

Kyland se tendió en el suelo y puso las manos bajo la cabeza. Más allá se divisaban varias hogueras, en torno a las cuales había grupos de pasajeros, comentando animadamente las incidencias ocurridas. Se preguntó cuántos de ellos lograrían soportar una 'existencia de seis meses en aquella especie de isla perdida en el espacio. Todos estaban acostumbrados a una vida muelle, regalada, con el lujo y la comodidad como norma. Muchos no podrían soportarlo, fue la conclusión a que llegó momentos después.

El sueño le venció y trajo el olvido total para sus preocupaciones.

* * *

De repente, alguien lanzó un agudo grito. Kyland se despertó bruscamente.

—¡Mirad! ¡Está saliendo el sol!

Kyland se puso en pie de un salto. Creyó que soñaba.

A lo lejos, en el horizonte, se divisaba una bola de fuego que terminaba de hacerse completamente visible. Los rayos de aquella estrella iluminaban ahora la superficie del planetoide con toda claridad. Durante unos segundos, Kyland se preguntó si no habría soñado lo del motín y estaba en la Tierra.

Sonaron gritos de alegría. Algunos batieron palmas

alborozadamente.

—Cuando haga más calor, me bañaré —dijo alguien.

—Podremos movernos sin dificultad —exclamó otro—. Trabajaremos con más comodidades…

—¿Comprende algo de lo que sucede, Kipp? —preguntó N'Bomo.

—En absoluto. Confieso que ayer, si esta palabra tiene sentido en el planetoide, me extrañó notar cierta penumbra que no era la noche completamente oscura de la Tierra, pero lo achaqué a la limpieza de la atmósfera y a la abundancia de estrellas en esta zona del espacio. Sin embargo, no se me ocurrió que pudiera haber un sol, como el que nos alumbra.

—Y calienta —añadió Laura Stark—. Al menos, no podremos quejarnos de frío.

—Lo que no es poco —sonrió De Zoral—. Bien, Kipp, ¿qué te parece si probamos de bañarnos? También podríamos intentar ver si hay peces…

—No es mala idea. Convendría ahorrar las provisiones en la medida de lo posible.'

—Yo iré a buscar fruta —declaró N'Bomo.

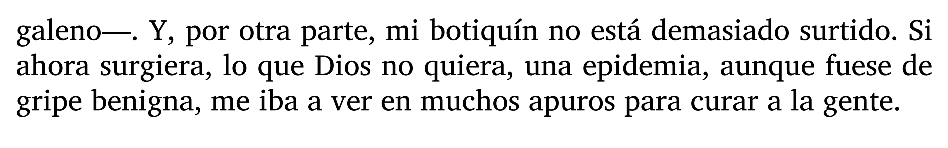
—Te acompaño, Charlie —dijo Petra Gaines, una rubia de formas majestuosas y carácter más bien pacífico y reposado.

—Hacen una pareja estupenda —comentó Laura—. El, tan fornido, y musculoso como Hércules y apuesto como un Apolo… y ella parece una walkyria…

Con tal de que luego no surgiera el problema racial, subyacente todavía en las mentes de muchas personas, pese a los largos siglos de educación, en sentido contrario, pensó Kyland, mientras contemplaba la piel de ébano de N'Bomo. Quizá a Petra Gaines no le importaba el color de su musculoso acompañante.

El doctor Lonsdale anunció sus propósitos de buscar hierbas medicinales. Kyland se asombró al oírle hablar de semejante manera.

—No te extrañes, muchacho; las hierbas y productos naturales fueron, a fin de cuentas, el origen de la farmacopea moderna —dijo el


galeno—. Y, por otra parte, mi botiquín no está demasiado surtido. Si ahora surgiera, lo que Dios no quiera, una epidemia, aunque fuese de gripe benigna, me iba a ver en muchos apuros para curar a la gente.

—Siendo así, es una buena idea —aprobó Kyland sonriendo.

—Hace años que, en mis vacaciones y fines de semanas, me dedico a buscar hierbas medicinales. Ayer vi un árbol que me pareció el de la quina. La corteza contiene quinina y...

—Suficiente, doctor. Buena suerte.

—Kipp, ¿viene a bañarse? —invitó Laura.

Kyland la miró maliciosamente.

—Por turno, primero las damas y luego los hombres.

—Oh, no sea remilgado; esas cosas ya no se estilan ahora...

De repente, Kyland observó que Laura cambiaba de expresión, dejando de sonreír, para expresar miedo. Antes de que pudiera adivinar lo que sucedía, sintió en el cuello el frío contacto de algo metálico.

—Kipp, no se mueva o le rebano el pescuezo —dijo Saunders, situado a sus espaldas.

—No tengo nada de valor —contestó el joven, a la vez que separaba las manos del cuerpo.

—Sí, tiene algo muy valioso: la radio.

Kyland apretó los labios.

—Por todos los diablos... Tom, ¿qué es lo que se propone?

—Es bien sencillo: hacer rancho aparte con unos cuantos que no desean vivir con los demás.

—La radio no le servirá de nada hasta rebasar la órbita de Marte.

—Lo sé, pero, periódicamente, haremos llamadas que puedan ser captadas por astronaves que orbiten por las inmediaciones de La Losa. Si no es así, ya nos escucharán en el momento adecuado.

—No acabo de comprenderle, Tom.

—No tiene ninguna dificultad. Anoche estuve haciendo cálculos. Las provisiones que nos dejaron, bastan para dieciséis personas durante seis meses. Ahora ya está claro, ¿verdad?

De pronto, Von Schistmark, Knudson y unos cuantos más, formaron un ancho semicírculo en torno a Kyland y los que estaban con él. Todos ellos estaban armados con los cuchillos, las hachas y los picos y las palas.

Roberta parecía presidir aquel pequeño grupo, muy satisfecha de lo que sucedía.

—Incompetente como capitán, incompetente como *leader* de unos náufragos —dijo, despectiva—. ¿Dónde consiguió esa fama tan inmerecida?

—Comprando a la gente como si fuesen mercancía, no, desde luego —replicó el joven áridamente.

Algo le golpeó en la nuca y cayó de rodillas, momentáneamente aturdido. N'Bomo quiso intervenir, pero una pala le cerró el paso.

—Quieto, moreno —dijo Knudson—, Atrás o te parto el cuerpo en dos mitades.

N'Bomo retrocedió. Laura se arrodilló junto a Kyland y le cogió por los hombros.

—Animo, Kipp.

Kyland sacudió la cabeza. Detrás de él, Saunders dijo:

—Sólo quise darle una lección, pero no vuelva a insultar más a la señora Stevenson o le mataré como a un perro.

—¡Basta ya, Tom! —exclamó Roberta—. Lo mejor que podemos hacer es marcharnos cuanto antes.

—Sí, creo que tienes razón —convino Saunders. Alzó la voz y, burlonamente, se despidió de todos—: ¡Adiós, imbéciles!

Minutos más tarde. Roberta y su séquito se habían perdido en la espesura.

* * *

Kyland fue al cercano arroyo y metió la cabeza en el agua, para terminar de despejarse. Al regresar junto a los otros, observó caras consternadas y oyó comentarios llenos de pesimismo.

—No entiendo por qué lo han hecho —dijo N'Bomo disgustadamente—. Si, a poco que se mire un poco, tiene que haber aquí comida en abundancia…

—Hay una explicación —murmuró Kyland—. La única lógica en estas circunstancias.

—Quieren la comida para ellos solos —exclamó Laura con gran vehemencia—. Si sobrevivimos, contaremos la historia algún día. Nadie querrá mirarles a la cara, os lo aseguro.

—No les importará demasiado. En el fondo, todos los hombres que se han ido con Roberta, buscan su dinero. La lucha por su mano y por los cien millones sigue todavía.

—Se matarán unos a otros…

—Por el momento, no, pero cuando nos acerquemos a la Tierra, estallarán las discusiones… —Kyland sacudió la cabeza—. ¿Por qué no dejamos de preocuparnos por ellos y nos ocupamos de nosotros mismos?

—No deja de ser una buena idea —convino De Zoral—. A ver, ¿cuántos hemos quedado?

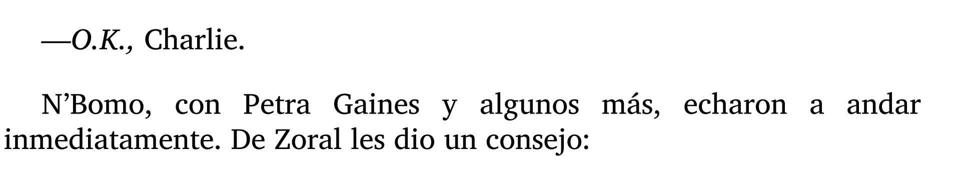
El cálculo dio como resultado quince hombres y diecisiete mujeres. En el grupo de Roberta iban diez hombres y seis mujeres.

—Nosotros somos los más afortunados en este aspecto —comentó De Zoral maliciosamente.

La voz de N'Bomo sonó tonante por encima de todos los murmullos:

—¡Hay que buscar comida, muchachos! Anoche cenamos bien, pero aconsejo a todo el mundo que no coma ninguna fruta o vegetal sin consultarlo antes con el matasanos, que sí entiende bastante de botánica. Nos reuniremos aquí al mediodía y cambiaremos impresiones. ¿Te parece bien, Kipp?

Kyland juntó en círculo el índice y el pulgar.



—*O.K.,* Charlie.

N'Bomo, con Petra Gaines y algunos más, echaron a andar inmediatamente. De Zoral les dio un consejo:

—Dejad señales, para no extraviaros a la vuelta.

—Está bien, Diego.

Laura suspiró.

—Bueno, yo voy a hacer lo que dije antes: darme un baño...

—Espera un poco.

Kyland alargó la mano hacia la cabeza de la muchacha y le quitó una horquilla de las que llevaba prendidas en el cabello.

—¿Qué es lo que piensas hacer, Kipp? —preguntó, extrañada.

Kyland se inclinó y recogió una rama que no se había quemado por completo. El extremo había ardido parcialmente y tenía forma puntiaguda.

—Quizá haya lombrices y gusanos bajo la superficie —contestó—. De nuestras ropas podemos sacar hilo suficiente.

—Y yo voy a buscar ramas rectas, para tener cañas con las cuales empezar la temporada de pesca —dijo De Zoral alegremente.

CAPITULO IV

A Kyland le extrañaba sobremanera que hubiese un sol por encima de sus cabezas. Sentado en la ribera, de un extenso remanso, mantenía la caña improvisada en la posición adecuada, mientras reflexionaba sobre las extrañas características de aquel asteroide.

De Zoral pescaba un poco más allá. A trescientos metros de distancia, aguas abajo del arroyo, se oían las alegres risas de las mujeres, que disfrutaban del baño. De repente, lanzó una exclamación.

—Eso es —dijo—. Tiene que ser así, no ha podido ocurrir de otra manera...

—¿Cómo? —preguntó su compañero.

—Diego, el planetoide no órbita en torno a su sol, sino todo lo contrario. Es el sol el que gira alrededor de nosotros.

—Pero... eso es absurdo, Kipp. Todos los planetas de un sistema solar giran alrededor de su sol.

—No en este caso —insistió el joven.

—Bueno, si tienes la bondad de explicarte...

—Mira hacia arriba —dijo—. Parece nuestro sol, pero, en realidad, es un globo incandescente, que emite la luz y el calor suficientes para la vida en La Losa. No tenemos puntos de referencia que nos permitan calcular su tamaño exacto, ya que carecemos de instrumentos de medición adecuados, pero te aseguro que la vida en este planetoide sería imposible sin un sol.

—Todo eso está muy bien —contestó De Zoral—. Hay un sol... y este minisistema solar tiene unas características muy distintas de todos los demás. Eso es todo, Kipp, no le des... más órbitas al asunto —añadió jovialmente.

—Diego, la superficie de este planetoide está ligeramente curvada, como la de la Tierra, más ó menos. Pero los costados, tú mismo pudiste verlo, son completamente verticales en relación con este lado del planetoide.

—Sí, ¿y qué?

—Cuando lo vimos por primera vez, no observamos el sol, y teníamos que haberlo visto indefectiblemente.

—Estaría oculto, Kipp.

—Tuvimos La Losa a la vista más de una semana. ¿Poiqué no vimos el sol en ningún momento?

De Zoral frunció el ceño.

,—Habría que esperar a ver si sale todos los días —dijo.

—Yo estoy seguro de que es así. Es más, ese benéfico globo no es un astro propiamente dicho, sino algo construido por la mano del hombre.

—¿Un globo que se hincha por la mañana y se deshincha al atardecer? ¿Y cómo se consigue que dé la luz y el calor que necesita exactamente este planetoide y que aproximadamente son los mismos que en una región pretropical de la Tierra? No irás a decirme que alguien da media vuelta al conmutador de encendido y apagado de ese sol, ¿verdad?

Kyland no pudo contestar. Algo se agitaba al extremo del hilo sostenido por el palo. Dio un fuerte tirón y un hermoso pez salió a la superficie, coleteando desesperadamente.

Casi en el mismo instante, De Zoral sacó otro.

—Son como truchas terrestres, de un kilo por lo menos cada uno —dijo alegremente.

—Hemos de seguir pescando —dijo Kyland—, Somos treinta y dos en total y todos con buen apetito.

—Sí, es cierto.

Pusieron nuevos cebos en los anzuelos y reanudaron la tarea. Kyland empezó a reflexionar. Necesitarían construirse instrumentos y herramientas nuevos. Muchos de los que se habían quedado estaban a la fuerza en el grupo; de haber tenido la menor oportunidad, se habrían ido con el de Roberta. Aceptarían bien cuanto íes resultase beneficioso, pero dudaba mucho de sus esfuerzos en pro de la comunidad.

«Afortunadamente, sólo son seis meses y pasarán más pronto de lo que me imagino», pensó.

Ahora, los peces picaban casi constantemente.

—Aquí no hay más que poner una lombriz en el anzuelo y ya tienes una hermosa trucha, O salmón, que también se le parece mucho —dijo De Zoral entusiasmado.

Media hora más tarde, tenían veinte hermosos peces, ninguno de los cuales pesaba menos de un kilo. Kyland buscó juncos y los ató en manojos, atravesándolos por las agallas. De Zoral trenzó una rústica cuerda. Luego colocaron su botín sobre una larga rama, arrancada de un árbol, recta y resistente, cuyos extremos situaron sobre sus hombros. Inmediatamente, empezaron la caminata de regreso al campamento, no demasiado lejano por otra parte.

—Vamos a darnos un banquetazo, muchacho —exclamó De Zoral, relamiéndose por anticipado.

—No tenemos sal...

—Pero tenemos mucha hambre. Y ya la buscaremos, no te preocupes. Oye, Kipp, dejando de lado los motivos, ¿verdad que no resulta tan malo hacer vida de Robinson?

—Todo depende de los puntos de vista, Diego. Hemos tenido la suerte de llegar a un mundo pequeño, perfectamente habitable, con buen clima...

Bruscamente, cuando ya estaban a pocos pasos del campamento, oyeron gritos de alarma:

—¡Cuidado!

—Agárrate a las ramas de la orilla.

—¡Se la lleva la corriente! ¡Hay que salvarla!

Movidos por un simultáneo impulso, Kyland y De Zoral dejaron los pescados en el suelo y echaron a correr. Unos segundos después, Laura, semidesnuda, salió a su encuentro.

—Es Pamela Porter —exclamó—. Se alejó un poco y, de repente, la vimos que era arrastrada más allá de las rocas...

—Vamos, Diego —exclamó el joven.

Algunos hombres corrían ya a lo lejos, pero ninguno se atrevía a lanzarse al agua, que se tornaba rápida y turbulenta a cien metros del campamento, Kyland vio unos rápidos, entre los que sobresalían algunas rocas redondeadas por la erosión y, ya bastante lejos, unos cabellos rubios que emergían y desaparecían alternativamente en la corriente, demasiado poderosa a partir de aquel lugar para poder contrarrestarla mediante la natación,

—Esa pobre chica va a morir ahogada —gruñó De Zoral, sin dejar de correr frenéticamente.

De cuando en cuando, Pamela sacaba un brazo fuera del agua y lanzaba un grito desesperado. Algunos hombres se mordían los puños de furor, por no disponer de una cuerda para arrojaría al arroyo.

Kyland y Diego se adelantaron a todos ellos. Ahora estaban ya al nivel de Pamela. El arroyo parecía ensancharse un poco en aquel lugar, lo que disminuía la velocidad de la corriente. Inesperadamente, Pamela chocó contra un obstáculo y se agarró a él desesperadamente.

—¡Quieta, no se mueva! —gritó Kyland.

—Ya no corro peligro —contestó la joven-—. Hay una reja.

* * *

Kyland se sintió estupefacto al escuchar aquellas palabras. Pamela tenía metido medio cuerpo fuera del agua y estaba agarrada con los diez dedos a una reja apenas visible, ya que estaba cubierta por gran cantidad de hierbas acuáticas y despojos arrastrados por la corriente. Para verlo mejor, se puso a gatas y alargó el cuello.

A primera vista, parecía que el arroyo se hundiese en un sauce subterráneo, pero no una sima, ya que no se percibía estruendo de agua cayendo desde gran altura. El terreno, donde finalizaba el curso de agua, era algo más elevado, una pequeña loma, cubierta de vegetación, debajo de la cual, supuso, el arroyo continuaba corriendo sumergido y fuera de la vista.

La reja era más bien una red, ya que los intervalos entre las barras de metal que la formaban eran escasamente de dos centímetros. Las barras tenían medio centímetro de diámetro y aparecían

sorprendentemente brillantes en la parte visible, sin la menor señal de óxido.

—Kipp, esto significa vida inteligente —dijo De Zoral a su lado.

—Vamos a sacar primero a Pamela —propuso él—. Aguarde un momento, señorita Porter.

Entre los dos hombres sacaron fuera a la joven. Diego, galante, arrancó unas hojas de gran tamaño y se las ofreció. Pamela casi se echó a reír.

—Parezco Eva, en el paraíso..., pero he pasado un miedo espantoso. Laura tenía razón; no debí haber vuelto al agua, pero se está tan bien... Lo lamento de veras, capitán...

—No se preocupe; el caso es que está a salvo.

—Me pregunto quién habrá podido construir esa reja —exclamó la joven—. Parece obra de seres humanos, ¿no?

—Por lo menos, de seres inteligentes —respondió Kyland.

Laura y algunos otros acudían a la carrera. Pamela salió a su encuentro.

—Estoy bien, no me ha sucedido nada. Hay una reja...

Las exclamaciones de asombro fueron inevitables. Varios de los recién llegados se acercaron a contemplar la verja que impedía el paso de obstáculos de cierto tamaño al otro lado. Al cabo de unos momentos, Laura se llevó a Pamela al campamento.

—Tienes que vestirte, chica, o te asaltará alguno de estos adanes...

—No me importaría en absoluto —rió Pamela.

- Kyland y Diego se quedaron un tanto rezagados. El segundo parecía muy preocupado.

—Kipp...

—Sí, Diego.

—Esa reja ahí no tiene utilidad alguna; no es la que se coloca en la compuerta de alguna fábrica, movida por la fuerza del agua, a fin de evitar la entrada de objetos perniciosos. Aquí no hay señales de

industrias, ni edificios... ¿Qué más da que el agua vaya o no sucia bajo la superficie?

—Voy a decirte una cosa, Diego. La Losa es muy grande, desde luego, pero me parece que no lo suficiente como para mantener un manantial, pese a sus dimensiones. Con el tiempo, esa fuente se agotaría lógicamente. Iría a parar a un depósito sumergido..., pero si levantas la vista, no verás nubes en nuestro cielo. No hay nubes, procedentes de evaporación, aunque sí se nota una ligera humedad en la atmósfera... y si no hay nubes, 110 puede haber lluvia. Sin lluvia, no hay filtraciones de líquido al subsuelo y los manantiales agotados no pueden ser alimentados de nuevo.

—Y eso, ¿qué significa, Kipp?

—¿No eres capaz de imaginarte un circuito cerrado de circulación del agua?

Diego se pellizcó el labio inferior.

—Harían falta unas bombas muy potentes...

—Quien ha sido capaz de fabricar un sol artificial, no habrá tenido mayores obstáculos para construir unas bombas lo suficientemente poderosas que permitan la circulación continua de las aguas del arroyo.

—Lo cual significa la existencia de una civilización muy adelantada... o quizá ya no son más que polvo dispersado por el paso de los siglos y sus inventos siguen funcionando todavía.

—Es muy probable que todavía queden supervivientes de la gente que construyó las bombas y puso un sol en órbita. Aún más, yo diría que es seguro... Diego, no vuelvas la cabeza a la derecha.

Diego se puso rígido.

—¿Qué has visto?

—Tal vez ha sido una ilusión mía, pero me ha parecido ver un rostro entre los arbustos que tenemos a menos de quince pasos de distancia. No te molestes, ya no está; creo que se dió cuenta de que había advertido su presencia y ha escapado.

—Entonces, hay seres vivos en este planetoide...

—Apostaría toda la fortuna de Roberta contra un centésimo de «garant» —respondió Kyland firmemente—. Diego, ¿te atreves a acompañarme?

—Sí, Kipp.

Los dos hombres corrieron a toda velocidad hacia los arbustos y pasaron al otro lado.

—No hay nadie —dijo Diego, decepcionado—, ¿No te habrás equivocado, Kipp?

Kyland hizo un gesto con la mano. Diego volvió la cabeza. Una exclamación de asombro brotó de sus labios en el acto.

En aquel lugar, al pie de los arbustos, había un trozo despejado, de tierra blanca y húmeda. La huella de un pie humano era fácilmente visible, debido a la nitidez con que había quedado impresa la pisada.

* * *

Durante unos segundos, los dos hombres permanecieron como anonadados. Kyland, incluso, hizo una prueba, y la huella de su bota se marcó inmediatamente. No era una señal fosilizada, una pisada hecha en un terreno arenoso, vitrificado al cabo de decenas de siglos. La señal estaba hecha en una tierra esponjosa, húmeda, enteramente adecuada para el crecimiento de la vegetación.

Desconcertado, Diego miró a su alrededor.

—¿Dónde se habrá escondido? —murmuró—. Debe de ser un tipo muy rápido…

—Diego, voy a pedirte un favor.

—Claro, Kipp.

—No digas nada de este último incidente. Si hay nativos en el planetoide, existen dos posibilidades: o son hostiles o son pacíficos. En el primer caso, de nada serviría alarmar a la gente. Y si son pacíficos, la verdad, en nuestro grupo hay tipos a los que yo no confiaría lo que vale un botón para la chaqueta. ,

—Sí, es cierto. Pero ¿qué decimos?

—Respecto al sol, nada por ahora. En cuanto a la reja, fue colocada hace mucho tiempo por alguien del que no tenemos la menor idea. —Kyland meneó la cabeza—. Sin embargo, hay algunas personas en las que sí creo confiar y debemos comunicarles nuestros descubrimientos.

—¿Quiénes son?

—El doctor Lonsdale y Charles N'Bomo. Petra Gaines parece también muy sensata y llena de discreción. Pero nadie más.

—¿Ni siquiera Laura?

—No; es muy simpática, pero de carácter un tanto inestable.

Diego se echó a reír.

—Sabes conocer bien pronto a la gente —comentó, jovial.

—Lo hace el oficio..., pero no siempre se conoce del todo a las personas. O no se habría producido el motín, Diego —respondió Kyland sombríamente—. Bien, lo mejor será que volvamos al campamento y pensemos en ¡as truchas que hemos pescado.

—Esa sí que es una buena idea, Kipp.

—Ahora también aprenderemos a conocer a algunos de nuestros compañeros. Limpiar un pescado no es agradable. Veremos quién nos ayuda y quién se queda quieto, esperando a que le sirvan su ración.

—En efecto, es un buen método para aprender a conocer a la gente —convino Diego.

CAPITULO V

Mientras comían los peces asados, Kyland observó a los diversos componentes del grupo. Algunos devoraban como fieras, abandonando por completo sus modales, perdida en menos de veinticuatro horas la delgada capa de civilización que hasta entonces les había envuelto. Otros despreciaron el pescado asado o arrojaban su parte despreciativamente, después de haberlo probado un poco. Fueron muy escasos los que se comportaron con normalidad, aunque incluso teniendo en cuenta las circunstancias en que se hallaban, era preciso ser un tanto indulgente. Pero aun así, para Kyland los límites empezaban a señalarse con notable precisión.

Tendrían muchos disgustos durante aquellos seis meses, calculó, descorazonado. Y se preguntó si no sería mejor abandonar a su suerte a los que no sabían adaptarse a la situación en que se encontraban.

El médico había encontrado algunas hierbas útiles y corteza de quinina.

—Pero no tenemos ningún cacharro para los cocimientos —se lamentó.

—Buscaremos barro y haremos ollas —sonrió el joven—. ¿Qué tal las frutas, Charlie?

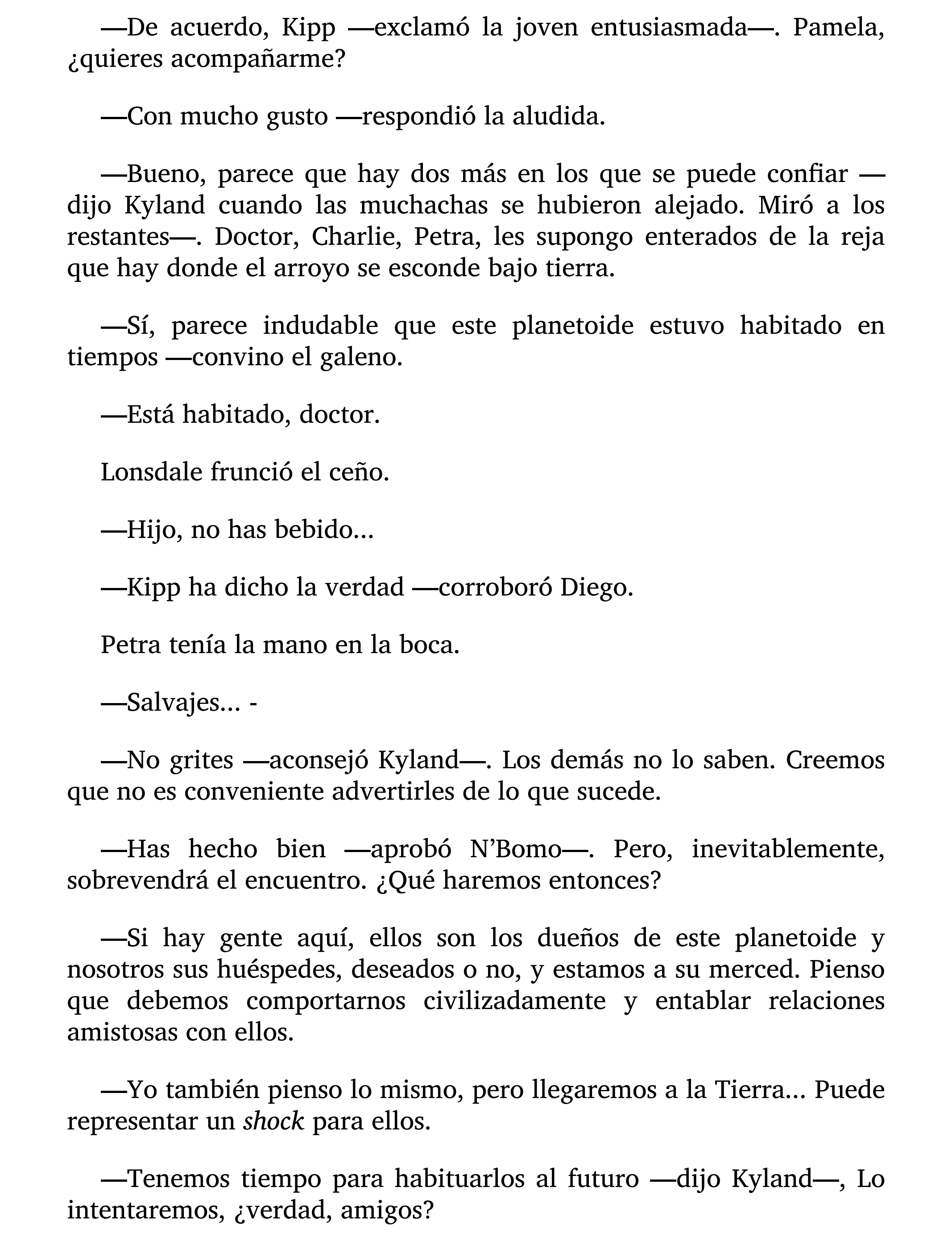
N'Bomo sonrió.

—Hay frutos parecidos a manzanas, muy sabrosos y nutritivos. También hemos recolectado unas bayas. El médico dice que son inofensivas. Creo que hay un campo de algo parecido a sandías o melones, o-puede que calabazas, pero ya estábamos demasiado cargados y no nos acercamos a investigar.

—Está bien, iremos mañana. Habrá que consultar a ver quién se quiere encargar de la pesca. Otros tendrán que dedicarse a buscar leña...

—Tendrás dificultades, Kipp —avisó Laura—, Aquí hay gente que parece haber nacido para que la sirvan los demás.

—Sí, me lo imagino. Laura, ¿por qué no pruebas a pescar un par de truchas? Sólo es mediodía y así tendríamos para la cena...



—De acuerdo, Kipp —exclamó la joven entusiasmada—. Pamela, ¿quieres acompañarme?

—Con mucho gusto —respondió la aludida.

—Bueno, parece que hay dos más en los que se puede confiar —dijo Kyland cuando las muchachas se hubieron alejado. Miró a los restantes—. Doctor, Charlie, Petra, les supongo enterados de la reja que hay donde el arroyo se esconde bajo tierra.

—Sí, parece indudable que este planetoide estuvo habitado en tiempos —convino el galeno.

—Está habitado, doctor.

Lonsdale frunció el ceño.

—Hijo, no has bebido...

—Kipp ha dicho la verdad —corroboró Diego.

Petra tenía la mano en la boca.

—Salvajes... -

—No grites —aconsejó Kyland—. Los demás no lo saben. Creemos que no es conveniente advertirles de lo que sucede.

—Has hecho bien —aprobó N'Bomo—. Pero, inevitablemente, sobrevendrá el encuentro. ¿Qué haremos entonces?

—Si hay gente aquí, ellos son los dueños de este planetoide y nosotros sus huéspedes, deseados o no, y estamos a su merced. Pienso que debemos comportarnos civilizadamente y entablar relaciones amistosas con ellos.

—Yo también pienso lo mismo, pero llegaremos a la Tierra... Puede representar un *shock* para ellos.

—Tenemos tiempo para habituarlos al futuro —dijo Kyland—, Lo intentaremos, ¿verdad, amigos?

Hubo gestos de asentimiento. El doctor Lonsdale parecía anonadado.

—Dios, hay gente en este pequeño mundo...

—Han debido de pasar muchos años aislados, generaciones enteras tal vez. La civilización que hizo habitable este corpúsculo estelar, habrá desaparecido a la fuerza. Los descendientes habrán vuelto al estado salvaje...

—Espero que no se hayan convertido en antropófagos —dijo Petra, muy asustada.

—Yo espero lo mejor —declaró Kyland—. Charlie, tú eres fuerte y mañoso. Deberías construir un venablo, con, una rama recta, afilando la punta en una roca. Un arma, aunque sea primitiva, no está de más.

—De acuerdo.

—Diego, a ti te he visto trabajar antes y me ha parecido que Io hacías bastante bien. ¿Por qué no intentas trenzar una buena cuerda?

—Estupendo, muchacho. Ahora mismo empiezo a buscar fibras adecuadas.

—Kipp, ¿qué puedo hacer yo? —consultó Petra.

—Ayuda a Charlie, te lo agradecerá.

—Ven, Petra —sonrió N'Bomo.

Lonsdale se puso en pie.

—Yo seguiré buscando hierbas —manifestó.

—Y yo me iré a la orilla del río. He visto un trozo de tierra arcillosa que puede servir muy bien para fabricar vasijas —dijo Kyland.

* * *

Durante los cuatro días siguientes, no ocurrieron incidentes de importancia. Pero, lenta y gradualmente, las posiciones se iban decantando. Surgían protestas, discusiones por los motivos más fútiles; incluso una vez se produjo una pelea por conseguir los favores de una de las pasajeras. Ella, sin embargo, prefirió al derrotado y se marchó con él a lo más espeso del bosque.

—Bueno, su secreto estriba en que podrá parir en la Tierra —dijo Diego al observar la escena.

El vencedor fue en busca de Laura. La muchacha le rechazó violentamente. Roy Gordon, era el nombre del sujeto, profirió un obsceno insulto.

Laura se agachó, recogió una piedra y se la tiró a la cabeza. Gordon pudo esquivar el proyectil. Vio que Kyland se acercaba a la carrera y prefirió emprender una prudente retirada.

—Ese cerdo… —dijo la muchacha, todavía roja de cólera.

—No le hagas caso —recomendó Kyland.

—Se ha puesto furioso porque Evelyn Murdock ha preferido al otro. Gordon es de la clase de tipos convencidos de que les basta pronunciar una palabra para que una chica se tumbe tripa arriba, con las piernas abiertas…

— ¡Laura! —rió Kyland,

—Es la verdad, hombre. Además, no quiere trabajar; le dije que me ayudase a buscar lombrices y se negó… Kipp, te juro que hoy ese tipo no come. Por lo menos, de mis pescados, porque pienso marcarlos, para evitar que se aproveche de mi trabajo.

—Procuraré hablar con él.

—No conseguirás nada, te lo advierto de antemano.

—Al menos, debo intentarlo.

Laura le dirigió una mirada de simpatía.

—Voy a seguir buscando lombrices. ¿Cuándo estarán listas, las primeras cazuelas?

—Estoy refinando la arcilla, para limpiarla de impurezas. Sin medios adecuados, es una labor muy costosa —respondió él.

—Ya tengo ganas de una buena sopa de pescado, aunque sin sal…

—Tenemos al doctor. El encontrará sal.

Laura se marchó. Kyland meneó la cabeza preocupadamente. Los problemas no habían hecho más que empezar.

Algunos se portaban con ligereza que rayaba en la inconsciencia.

Por fortuna, se dijo, vivían en un lugar de ambiente cálido, sin apenas incomodidades. En otro paraje más inhóspito, las bajas se sucederían casi sin interrupción antes de transcurrir las dos primeras semanas.

De repente, se oyó un grito de mujer.

* * *

El grito procedía de un lugar situado a cien metros escasos de distancia, al otro lado de un espeso grupo de arbustos que impedían ver lo que sucedía. Tras el grito, Kyland captó una obscena imprecación.

Maldijo entre dientes. Otra vez Gordon, pensó, a la vez que echaba a correr hacia el lugar donde sonaban las voces. Ella parecía pedir socorro, mientras Gordon decía cosas verdaderamente repugnantes.

Kyland atravesó los arbustos, corrió un poco más y entonces pudo contemplar una escena singular.

Gordon forcejeaba con una joven, a la que había desnudado parcialmente. Ella cayó una vez al suelo, pero pudo levantarse ágilmente y rechazar a su atacante, mediante un golpe que le hizo lanzar un seco grito de dolor y retroceder unos cuantos pasos.

Kyland lanzó un aviso:

— ¡Quieto, Gordon!

El sujeto extendió un brazo.

—No se meta donde no le llaman, bastardo —dijo coléricamente.

Kyland avanzó hacia él con los puños cerrados.

—Voy a darte una lección…

Repentinamente, se oyó un tenue sonido musical, seguido de un oscuro siseo. Gordon se detuvo bruscamente. Kyland contempló estupefacto la flecha que había aparecido inesperadamente en el

centro de su pecho.

Durante unos segundos, Gordon se mantuvo en pie. Incluso agarró la flecha con ambas manos, tratando de arrancársela, pero, de repente, le fallaron las fuerzas y empezó a girar, para acabar desplomándose al suelo, boca arriba.

Para Kyland no había duda; Gordon había recibido un flechazo mortal. Pero el arquero no era la hermosa mujer que tenía frente a sí y que le miraba fijamente.

Ella era alta, robusta y esbelta a un tiempo, de firmes pechos, redondos, sin contornos exagerados que habrían destruido la belleza de su figura. En torno a las caderas llevaba una falda muy corta, de un tejido hecho con hilos de vivos colores.

El pelo, observó Kyland en los brevísimos instantes que duró la visión, era largo, de color bronceado un tanto oscuro. La piel tenía un tono tostado muy agradable y en su rostro destacaban unas pupilas claras, de enigmática mirada.

De pronto, ella se inclinó y recogió una banda de tela multicolor, con la que se cubrió los senos. Alguien, escondido en la espesura, lanzó un grito gutural. Entonces, la joven giró en redondo y huyó a toda velocidad. Kyland se sentía tan asombrado, que no fue capaz de seguirla.

Algunos de los náufragos llegaban en aquel momento. Más de uno divisó la silueta que desaparecía rápidamente entre la vegetación. Una mujer lanzó un chillido de espanto al ver el inmóvil cuerpo de Gordon, de cuyo pecho sobresalía el emplumado ástil de una flecha.

N'Bomo llegó también, con Petra. Diego y el médico se hicieron visibles a los pocos instantes. Con ademanes profesionales, Lonsdale se arrodilló junto al caído y le tomó el pulso.

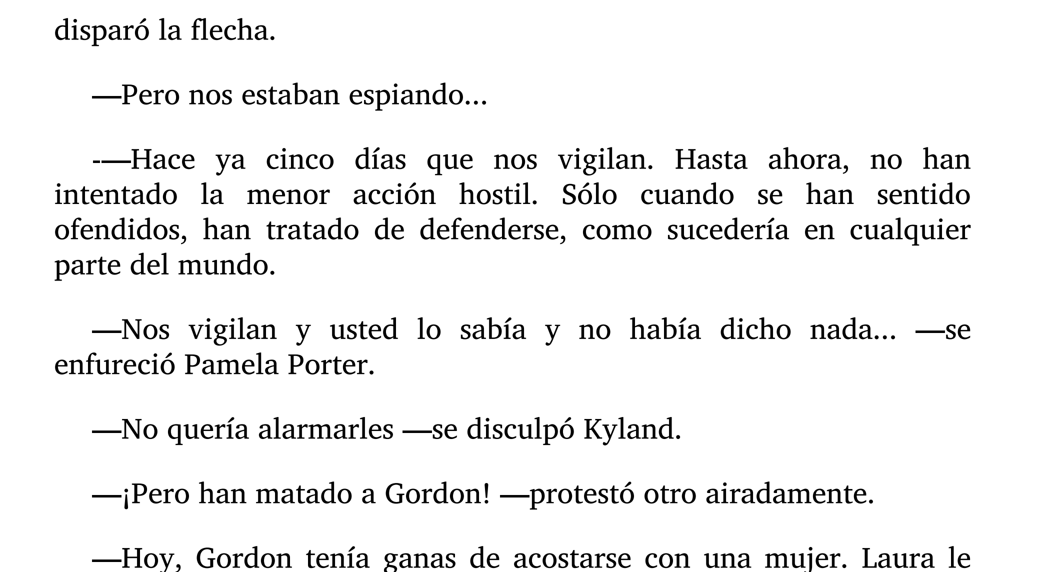
—Muerto —declaró.

—La Losa está habitada —chilló de repente una joven.

—Hay salvajes —gritó alguien furiosamente.

—Nos matarán a todos —se asustó un tercero.

—Gordon se encontró a la nativa y quiso forzarla —declaró Kyland —, Ella debía de estar acompañada por otro nativo, que fue el que



disparó la flecha.

—Pero nos estaban espiando...

-—Hace ya cinco días que nos vigilan. Hasta ahora, no han intentado la menor acción hostil. Sólo cuando se han sentido ofendidos, han tratado de defenderse, como sucedería en cualquier parte del mundo.

—Nos vigilan y usted lo sabía y no había dicho nada... —se enfureció Pamela Porter.

—No quería alarmarles —se disculpó Kyland.

—¡Pero han matado a Gordon! —protestó otro airadamente.

—Hoy, Gordon tenía ganas de acostarse con una mujer. Laura le rechazó, después de la pelea que tuvo con Bill Ephton, por la posesión de Evelyn Murdock. Laura puede confirmar mis palabras.

—Es cierto —dijo la aludida—. También quiso divertirse conmigo, y tuve que alejarlo a pedradas.

Un hombre se echó a reír.

—En resumen, hoy no tuvo su día —comentó burlonamente.

Se acercó a una de las jóvenes y la agarró por el brazo.

—Preciosa, ¿por qué no vamos a buscar unas cuantas manzanas a un sitio que yo me sé? —propuso desvergonzadamente.

—¿Con salvajes merodeando por las inmediaciones? ¡Estás loco, tú! —contestó la interpelada.

N'Bomo se acercó a Kyland.

—Tendremos que enterrar a Gordon —dijo.

—He visto un sitio donde abundan las piedras —manifestó Diego —. Cavar una fosa con las manos no es tarea muy agradable.

Los espectadores volvían al campamento sin hacer caso del cadáver. Kyland se sintió furioso. El egoísmo de aquellas gentes le sacaba de quicio.

De pronto, Lonsdale le tocó en el brazo.

—Capitán, arranque esa flecha —dijo—. Quiero enseñarle algo... y no deseo estropear mi bisturí en un muerto.

— ¡Caramba, doctor; tiene un bisturí y no lo había dicho! —se escandalizó el joven—. Podíamos haber afilado palos...

—Y si tengo que hacer una intervención quirúrgica, ¿con qué diablos cortaré? Los palos se pueden afilar frotándolos contra una piedra, Kipp. Conviene reservar los dos bisturíes de mi botiquín para casos realmente necesarios.

—Entonces, las tijeras...

—Sólo son para curar heridas, como todo el instrumental. Ande, arranque la flecha; quiero enseñarle algo. Está muy hundida y no tengo fuerzas suficientes.

—Yo lo haré, doctor —se ofreció N'Bomo, no menos intrigado que los demás por la petición de Lonsdale.

Acercándose al muerto, agarró la flecha con ambas manos y dio un fuerte tirón. Silbó al tenerla ya fuera.

—El arco debe de tener una potencia fenomenal. Casi le ha traspasado el cuerpo —dijo. Limpió la sangre con un puñado de hierbas y entregó la flecha a Lonsdale—, Ahí va eso, doctor.

El médico asintió. Sosteniéndola con ambas manos, la examinó durante unos instantes. Luego la levantó un poco, para que pudieran verla con toda comodidad los escasos espectadores que habían quedado en el claro.

—Fíjense bien, amigos —dijo—, A primera vista, parece el arma construida por un salvaje, el arma típica de los pueblos primitivos. Pero nuestros indígenas sin civilizar nunca construyeron flechas con el ástil de metal muy liviano, ni la punta de acero bien templado ni tampoco usaban plástico u otra sustancia semejante para las plumas que guían la flecha a su blanco.

Kyland tomó la flecha y la examinó concienzudamente. Lonsdale decía la verdad, no cabía la menor duda.

—¿Qué extrañas gentes pueblan este planetoide? —murmuró, mientras evocaba con los ojos de la mente la imagen de la hermosa nativa.

CAPITULO VI

La noche había transcurrido apaciblemente, una vez calmados los ánimos después del incidente ocurrido la víspera. Kyland y sus amigos habían hecho toda suerte de cábalas acerca de los habitantes de La Losa, pero no habían conseguido llegar a una solución satisfactoria para todos. El tiempo lo aclararía todo, fue la única respuesta para sus dudas.

Abrió los ojos, con los primeros rayos de sol, y entonces supo que muy pronto iba a obtener la respuesta deseada.

Lentamente, se sentó en el suelo. Tenía un nudo en la garganta, pero, al mismo tiempo, confiaba en que no sucediera nada grave. Los nativos estaban allí, hombres y mujeres, más de cien, y todos armados con armas, en cuyas cuerdas tensas había sendas flechas a punto de ser disparadas. Era grave y seria la expresión de sus rostros, y guardaban un silencio absoluto.

Las edades eran dispares, aunque abundaban los jóvenes. Todos llevaban una vestimenta análoga, una banda o faja que cubría las caderas y, en las mujeres, otra en el pecho.

De repente, una de las pasajeras de la *Paradise* despertó y lanzó un agudo chillido de espanto. Casi en el mismo momento se despertaron los restantes y sonaron más gritos y chillidos de terror.

Kyland comprendió que debía hacer algo y se puso en pie de un salto, con los brazos extendidos.

—¡Quietos todos! ¡Que nadie se mueva! Si nos comportamos con calma, estos nativos no nos harán nada. ¡Calma, por favor!

N’Bomo se había puesto también en pie y miraba con aprensión los arcos y las flechas. Pensaba que uno de los suyos había ofendido a una nativa y quizá los demás querían tomarse venganza de lo que consideraban una ofensa general.

Kyland avanzó unos pasos hacia los indígenas.

—Somos amigos —dijo. Y repitió, deletreando lentamente—: A-m-i-g-o-s, a-m-i-g-o-s...

En el mismo instante, uno de los nativos se adelantó y esbozó una ligera sonrisa.

—No tenéis nada que temer de nosotros —dijo.

Kyland se quedó estupefacto. Aquel hombre, de apariencia majestuosa y unos cincuenta años, pero todavía fuerte y recto como un roble, hablaba su idioma.

—Tú sabes...

—Sí —confirmó aquel hombre—. Conozco vuestro idioma. Soy Ophud, jefe.

Entonces, una hermosa joven se adelantó y señaló a Kyland con la mano.

—Es él, Ophud.

Kyland reconoció a la muchacha que había sido atacada la víspera por Gordon. Ella le dirigió una clara mirada, que le hizo concebir extraños sentimientos de tranquilidad y paz interiores, como no había notado hasta entonces.

—Ella es Ylena —dijo Ophud.

—Me llamo Kipp...

—Debéis acompañarnos —ordenó el jefe.

Kyland asintió.

—Convendría que tranquilizases a mis amigos —indicó—. Algunos están muy nerviosos y sienten miedo.

Ophud elevó la voz ligeramente.

—Nadie os hará el menor daño —dijo—. Pero debéis seguirnos.

—¿Como prisioneros? —preguntó Kyland.

—Conviene esperar —replicó el jefe enigmáticamente.

—Hablas nuestro idioma y hemos visto cosas que nos permiten suponer en vosotros un elevado grado de civilización. Me gustaría tener tu palabra de que no vamos a sufrir daño físico alguno.

—La tienes, Kipp.

—Gracias, jefe.

Kyland se volvió hacia sus compañeros.

—Nos ordenan seguirles —dijo en voz lo suficientemente alta como para ser oído por todos—. Aconsejo que no se haga ninguna resistencia ni tampoco actos hostiles.

—¿Qué garantías tenemos de que, una vez en su poblado, no nos atarán al poste de tortura? —preguntó repentinamente uno de los pasajeros, con acento belicoso.

Kyland miró un instante al sujeto. Había sido gran amigo de Gordon. En el momento del suceso, no se hallaba en aquellos parajes. De lo contrario, se habría unido a Gordon para forzar a la nativa.

—Billy Mockle, no tenemos otra alternativa. —Movió la mano izquierda—. Si cree que debe resistirse, adelante, ataque.

Mockle se pasó la lengua por los labios.

—Si nos pasa algo, la culpa será suya, capitán —masculló.

—Es la actitud típica del hombre que no quiere tomar sus propias decisiones, que no acepta ninguna responsabilidad y que luego echa la culpa de todo lo ocurrido a los demás —contestó Kyland despreciativamente.

—Capitán… significa jefe en vuestra lengua —dijo Ophud.

—Sí, aunque no debes pensar que lo soy —contestó Kyland—. Ahora es un título meramente honorífico.

—Está bien, tendremos tiempo sobrado de conversar. Lo mejor será que emprendamos la marcha inmediatamente.

Los ojos de Kyland volvieron de nuevo hacia Ylena. La nativa le pareció más hermosa que nunca. Y había simpatía en su mirada.

Con algunas quejas y gruñidos, y lamentos de varias de las mujeres, los pasajeros de la *Paradise,* iniciaron la marcha, flanqueados por dos filas de nativos, que no destensaban las cuerdas de sus arcos en ningún momento. Dada la catadura de alguno de los terrestres, las precauciones eran lógicas, pensó Kyland.

Con gran sorpresa suya, se percató a los pocos instantes de que se dirigían hacia el arroyo. Pero la sorpresa y el asombro crecieron de punto al darse cuenta de que el cauce estaba completamente seco.

Quedaban algunos charcos y la consiguiente humedad, pero, por otra parte, el lecho del arroyo era perfectamente transitable. Ophud, en cabeza, era el guía de la comitiva.

Minutos más tarde, se hallaban ante la reja que impedía el paso de desechos al interior del suelo. La reja se dividió en dos mitades, que se deslizaron silenciosamente a ambos lados.

El túnel que seguía a continuación era lo suficientemente espacioso para caminar sin obstáculos y sin necesidad de agacharse. A pocos metros de la entrada, se encendieron unas lámparas incrustadas en la roca del techo.

—¿Serán trogloditas? —murmuró N'Bomo al oído del joven—. No me gustaría demasiado vivir en un subterráneo, aunque, si es así, sólo duraría medio año...

—No creo que ellos vivan bajo tierra, aunque sí deben de refugiarse en ocasiones —especuló Kyland—. Deberías fijarte en el color de su epidermis. Es el propio de las personas que pasan muchas horas al aire libre.

—Es muy posible que tengas razón, en efecto —convino N'Bomo, de cuyo musculoso brazo no se soltaba Petra un solo instante.

—Charlie, estoy muerto de curiosidad. Tengo unas ganas locas de saber cómo llegaron estas gentes al planeta, cuáles son sus formas de vida, por qué viven aquí...

N'Bomo se echó a reír.

—Creo que tendrás tiempo más que sobrado, amigo —contestó.

El suelo era en pendiente descendente, de poca inclinación, suficiente para que corrieran sin dificultad las aguas del arroyo. Para Kyland estaba bien claro; aquel riachuelo tenía un curso de circuito cerrado. Las bombas estarían en alguna parte...

Algo interrumpió bruscamente sus reflexiones: un sólido muro de metal brillante, que cerraba el camino. A la derecha, sin embargo, se divisaba un negro túnel, en el que ya no había luces de ninguna clase. Por allí, pensó el joven, corrían las aguas hasta, el lugar donde las

bombas las enviaban nuevamente a la superficie.

Y el muro de metal, no cabía duda alguna, era la puerta que permitía el acceso a un subterráneo que debía mantenerse constantemente seco.

Y, efectivamente, aquella puerta se abrió, deslizándose a un lado, y entonces Kyland, N'Bomo, Petra, Laura, el doctor Lonsdale y todos los demás, pudieron presenciar un asombroso espectáculo.

* * *

En realidad, todos cuantos estaban abandonados en el planetoide habían visto ya algo semejante. Lo asombroso era que el ferrocarril subterráneo estuviese en un astro perdido que vagaba por el espacio.

AI otro lado de la puerta, cuyo cierre, no cabía duda, era absolutamente hermético, había una ancha escalera, que conducía al túnel donde estaba parado el tren, de vagones amplios, brillantes, con grandes ventanillas. Había en total cuatro vagones y, según parecía, en aquel punto se hallaba el final de la línea.

Las ruedas de los vagones, sin embargo, eran de una sustancia que parecía goma, y eran conducidas por unos rieles en U, que se perdían en el fondo de un túnel brillantemente iluminado. Los vagones, apreció Kyland, disponían de asientos más utilitarios que lujosos, pero, evidentemente, cómodos, según pudieron comprobar poco después.

—Por favor —rogó Ophud—, ocupen el segundo vagón.

Había una especie de andén que permitía el paso directo al carruaje, sin necesidad de utilizar los estribos. En torno a Kyland, los comentarios eran incesantes.

—Pasmoso, fantástico —dijo Lonsdale—. Nativos con arcos y flechas y, sin embargo, disponen de un Metro...

—¿Se lo encontrarían ya hecho o lo construyeron otros? —preguntó Petra Gaines.

—Es difícil saberlo —respondió Kyland pensativamente—. Tal vez

lo heredaron, si la palabra es aplicable a este caso, pero, de todos modos, me preocupa mucho más la incongruencia que supone disponer de un ferrocarril subterráneo y utilizar arcos y flechas como armamento ofensivo y defensivo.

Las puertas del vagón en que se hallaban, y donde había espacio suficiente para todos, se cerraron automáticamente. El tren inició su marcha. Kyland se sorprendió gratamente a los pocos momentos, al darse cuenta de que no se producían trepidaciones en los vagones. El convoy se movía en un silencio casi total.

Entonces, se oyó una voz, que brotaba por unos altavoces ocultos en los laterales del vagón:

—Les habla el jefe Ophud. Van a ser conducidos ustedes a nuestra ciudad, a la que denominamos con el nombre de Whyssin, que en nuestro lenguaje significa La Capital. Permanecerán en ella hasta que |es llegue el momento de abandonar el planeta. En todo momento serán bien atendidos y tratados con las máximas consideraciones. No obstante, les rogamos se acomoden a nuestras leyes y costumbres, en las que serán debidamente instruidos, a fin de evitar enojosos incidentes.

Ophud hizo una corta pausa.

—Lamentamos lo ocurrido en el día de ayer. Tal vez tenemos nuestra parte de culpa, por no habernos hecho visibles antes, pero tampoco estábamos seguros de ustedes. En todo caso, confío en que no se repetirán hechos de esa naturaleza.

—Es una advertencia muy significativa —comentó Kyland en voz baja.

N'Bomo asintió. Ophud finalizó su pequeño discurso:

—Cuando lleguemos a Whyssin, todos ustedes serán sometidos a vacunación preventiva. Es una precaución que estimamos indispensable y una operación que ninguno de ustedes podrá eludir. Gracias, amigos.

Kyland volvió los ojos y miró a través de las ventanillas.

Frente a él, la pared del túnel era una mancha blanca, que se deslizaba vertiginosamente hacia atrás. En aquellos momentos, la velocidad del tren, calculó, no era inferior a los doscientos cincuenta kilómetros por hora..

«¿Qué civilización fue capaz de construir una obra semejante?», pensó.

Estaba cerca de la cola del vagón. Desde allí, podía ver el interior del carruaje siguiente. Ylena estaba junto a una de las ventanillas delanteras. Kyland captó su sonrisa y su corazón latió repentinamente con fuerza.

CAPITULO VII

El tren se detuvo un par de horas más tarde, en lo que parecía una amplia estación subterránea, situada en uno de los extremos de una ciudad edificada a decenas de metros bajo tierra. Grandes columnas sostenían la bóveda de roca y, salvo el ferrocarril que acababa de detenerse, no se advertían otros vehículos,,

Whyssin era, para los módulos terrestres de las grandes megápolis, un pequeño pueblo, de casas de un solo piso, sencillas, pero cómodas y confortables, según parecía a primera vista. No obstante, Kyland pudo divisar algunos edificios de mayor envergadura, ninguno de los cuales, sin embargo, tenía más de dos plantas. Pero había algo que extrañó a Kyland notablemente y era la escasez de gente. Aunque fuese pequeña, Whyssin parecía una ciudad capaz de albergar varios millares de personas sin deficiencias de espacio. En las anchas avenidas de la ciudad, apenas si se veían unos cuantos hombres y mujeres que, no obstante, parecían muy atareados en algún trabajo, cuya utilidad no lograba comprender por el momento.

Las puertas del vagón se abrieron. Ophud dijo:

—Por favor, sígannos.

La comitiva inició la marcha, siempre en la misma forma.

-1 Momentos después, llegaban a un edificio de ciertas dimensiones. Ophud anunció que iban a proceder inmediatamente a la vacunación de todos los extranjeros.

Entonces, Lonsdale levantó la mano, a la vez que daba unos pasos hacia adelante.

—Perdón, jefe Ophud —dijo—. No me opongo a las normas sanitarias de este pueblo, pero me gustaría saber contra qué enfermedad nos va a procurar inmunidad la vacuna que pensáis aplicarnos. Soy médico y tengo la curiosidad lógica en un hombre de mi profesión.

Ophud sonrió.

—Doctor, hace algunos años llegó a este mundo un náufrago, atacado por una extraña enfermedad, que nuestros médicos no fueron

capaces de atajar. La enfermedad era sumamente contagiosa y antes de que pudieran identificar el virus que lo originaba, se produjo una espantosa mortandad, que redujo nuestra población a menos de la décima parte. Algunos, sin embargo, resultaron inmunes por naturaleza al virus y, gracias a ellos, se pudo fabricar la vacuna. Se consiguió demasiado tarde para la gran mayoría, pero los demás pudieron sobrevivir. Comprenderá que ahora tomemos las naturales precauciones para evitar que se repita el hecho, más por ustedes mismos que por nosotros.

—Ophud, nosotros venimos de un planeta donde hay también estrictas normas sanitarias...

—Es preciso, doctor —insistió el jefe—. Quizá lleven ustedes ya el virus en la sangre, pero el período de incubación es largo, de dos meses, por lo menos, y aun así, hasta que no llega el punto crítico, la vacuna proporciona inmunidad y, por ende, la curación de una dolencia que deshace literalmente los tejidos blandos y deja solamente indemne el esqueleto.

Sonaron algunos silbidos y exclamaciones de asombro. Kyland dio un paso hacia delante.

—Estamos dispuestos a vacunarnos inmediatamente, jefe Ophud —declaró—. Pero me gustaría saber por qué existe el contraste entre una civilización tan adelantada como la vuestra... y los arcos y flechas que constituyen vuestro armamento.

Ophud sonrió enigmáticamente.

—Pronto designaré a la persona que debe explicarte lo que consideras ciertos enigmas —contestó, a la vez que movía la mano derecha—. Pasad, por favor.

* * *

Habían sido vacunados contra la enfermedad disolvente, como la había denominado el doctor Lonsdale, mediante unas sofisticadas pistolas de Inyecciones, que no causaban el menor dolor en el momento de introducir bajo la epidermis la dosis adecuada de líquido antivirus; también habían almorzado —abundantemente, alimentos sanos y nada sofisticados, entre los que figuraban la carne y los

huevos y el pan—, y se les había señalado un pequeño barrio, en donde cada uno de los pasajeros de la *Paradise* podía elegir alojamiento a su gusto. Kyland, después de reflexionar ligeramente, había elegido una pequeña casa, que compartiría con el médico.

El doctor Lonsdale, por otra parte, no había perdido el tiempo y se había marchado con el médico nativo que les había aplicado la vacuna. N'Bomo y Petra parecían más amartelados que nunca. Ellos ocuparían otra de las casas. Billy Mockle quiso atraer a Laura, pero la joven desechó su proposición y prefirió hospedarse con Pamela Porter.

También les facilitaron trozos de aquella tela, que parecía la indumentaria común a todos los nativos. Tras una ligera vacilación, Kyland decidió abandonar sus ropajes: la temperatura era lo suficientemente agradable como para ir casi desnudo, sin sentir la menor incomodidad.

Al terminar, echó un vistazo a su reloj de pulsera. Eran apenas las doce. En seis horas, su situación había dado un cambio radical, pensó. Bien, al menos, las penalidades habían terminado ya. Vivirían tranquilos y felices durante medio año…, aunque era preciso pensar en Roberta y su grupo. Se sintió incómodo. Aquellas gentes podían complicar la cosa. Incluso en los que estaban en la ciudad subterránea había algunos de cuyo comportamiento recelaba muchísimo.

De pronto, llamaron a la puerta de la casa. Al abrir, vio a Ylena parada en el umbral.

—El jefe me ha designado para que te instruya en lo que es y representa nuestro mundo —dijo la joven.

Kyland asintió.

—Estoy a tus órdenes —contestó.

—¿Quieres acompañarme?

—Claro.

Ylena, se dijo Kyland, no se había mostrado sorprendida al verle adoptar la vestimenta propia de los nativos. Una vez fuera de la ciudad, ella le guió hacia lo que parecía un gran túnel, que disminuía de diámetro gradualmente.

—Ylena —dijo él de pronto—, no quiero que pienses que todos

nosotros somos como el que te atacó ayer. Sin embargo, creo que debo ponerte en guardia. Algunos de los componentes de nuestro grupo no son demasiado de fiar…

—Los tendremos vigilados, descuida. ¿Te sientes asombrado al ver este mundo subterráneo?

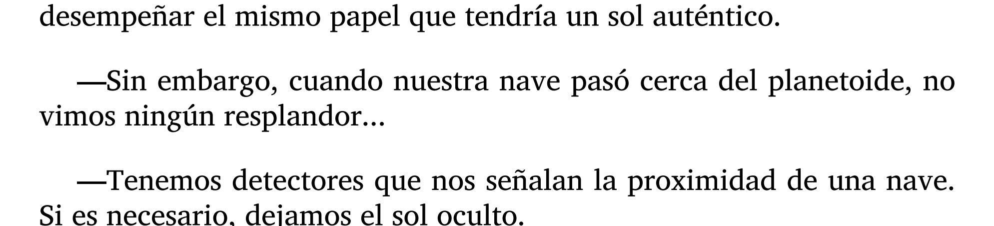
—Un poco —admitió Kyland—. Pero como sé que me lo vas a contar todo…

—Hace algunos años, éramos unos cinco mil. Ahora quedamos menos de quinientos —dijo la joven tristemente—. Fue una mortandad horrorosa… Durante largo tiempo, nos sentimos muy deprimidos…, pero nos rehicimos, pensando en que nuestros antepasados no se sentían mucho mejor, cuando se vieron obligados a abandonar el planeta en que vivían, debido a la inminencia de una catástrofe que, como se comprobó después, hizo saltar el planeta en pedazos. En aquellos momentos, los supervivientes eran cincuenta, pero se habían prevenido contra la catástrofe y, aunque muchos habían muerto (el número original de los que pensaban vivir en este trozo de tierra, era casi de un millar), aquellos cincuenta, repito, lograron sobrevivir y reparar las averías y destrozos causados por el repentino arrancamiento de un gran fragmento del planeta, cosa que provocó su proyección al espacio.

»Ello sucedió hace algunos cientos de años y, lógicamente, aquellos cincuenta supervivientes tuvieron descendencia. Repararon toda la maquinaria y hasta construyeron nuevos aparatos. Eran gentes con mucha inteligencia y un elevado grado de instrucción. Estaban muy preparados y consiguieron mantener una atmósfera y una gravedad en el planetoide. Naturalmente, contaban con las obras que se habían realizado durante decenas de años antes, lo cual, como puedes comprender, facilitó extraordinariamente su labor. Y así hemos conseguido llegar hasta el día de hoy, superando, incluso, la mortandad causada por el virus destructor de los tejidos.

—Hay atmósfera… y también un sol artificial —dijo Kyland.

—Los vegetales necesitan aire y sol —sonrió Ylena—. Es un proceso muy complicado de explicar, pero, hasta ahora, funciona sin el menor fallo. En uno de los extremos del asteroide hay una gran cueva, donde la bola que es nuestro sol queda guardada durante la noche. No la apagamos enteramente, pero sí reducimos grandemente su potencia lumínica y calorífica. Por la mañana, los mecanismos de que está dotada, la hacen surgir de su «encierro» y sube a lo alto, para


desempeñar el mismo papel que tendría un sol auténtico.

—Sin embargo, cuando nuestra nave pasó cerca del planetoide, no vimos ningún resplandor...

—Tenemos detectores que nos señalan la proximidad de una nave. Si es necesario, dejamos el sol oculto.

—Es decir, no queréis que os visiten gentes extrañas.

—Hasta ahora, lo hemos conseguido.

—Ylena, dime, ¿cómo aprendisteis nuestro idioma, si no habéis tenido contacto con ninguno de los habitantes de la Tierra?

—Lo aprendimos del náufrago que nos contagió la enfermedad. Aún vivió tres semanas, lo que fue suficiente-para algunos de nosotros. Además, en su nave traía algunos libros y aparatos de reproducción de música y sonido. Nos interesó conocer datos de otra civilización.

—Ya entiendo. Pero... los arcos y las flechas...

—Los tenemos como elementos para el deporte y, en ocasiones, para la caza.

—¿Hay animales aquí? —se asombró Kyland.

—Claro, aunque no les damos caza con frecuencia. Tenemos granjas donde se crían animales comestibles, pero nunca está de más un poco de distracción. La carne de nuestros gamos es deliciosa y también conviene en ocasiones evitar un aumento de su población.

—Sí, es lógico. Pero sólo arcos y flechas...

—Se proscribieron todas las demás armas, en el momento en que los que iban a ocupar este trozo de nuestro planeta, iniciaron el traslado. Créeme, en cientos de años es la primera vez que un ser humano muere violentamente en nuestro mundo.

De pronto, Ylena se detuvo ante un túnel que parecía ascender a las alturas.

—Ven, salgamos al exterior —sonrió.

* * *

Una escalera automática les había llevado a una especie de cueva, oculta por abundante follaje. Sólo quien conociera su emplazamiento exacto, podría penetrar en el subsuelo del planetoide. Kyland no acababa de salir de su asombro al conocer el gigantesco grado de civilización de aquellos seres, que habían logrado construir y hacer un mundo perfectamente habitable, en un pequeño pedrusco que, por si fuera poco, erraba por el espacio a velocidades inconmensurables.

No había en aquellos parajes grandes montañas; sólo colinas, de suaves laderas, y la vegetación abundaba por todas partes, con algunos arroyos que, supuso Kyland, debían estar sometidos al mismo proceso de circuito cerrado. ¿Qué poderosa maquinaria no se había construido siglos antes para hacer perfectamente habitable aquel asteroide? Y los generadores, se dijo, debían de ser gigantescos, y alimentados por un combustible del que no tenía la menor idea, el cual, sin duda alguna, proporcionaba energía en cantidades ilimitadas.

Ylena señaló un punto situado a unos trescientos metros de distancia.

—Allí tenemos nuestro observatorio astronómico. Está conectado con otros tres, instalados en distintos puntos del planeta, incluso hay uno en la cara inferior. De este modo, podemos comprobar el rumbo y evitar errores perniciosos.

—¿Es posible gobernar este planetoide?

ˆas variaciones de rumbo exigen meses enteros, pero, en general, no las hacemos, a no ser que antes se prevea, con mucha antelación, la inminencia de algún peligro. Inminencia, por supuesto, es una palabra inexacta. Digamos mejor posibilidad. Pero podemos prever el riesgo con seis meses de antelación, por lo menos.

—Es decir, el planeta viaja errante por el espacio... y no tenéis intención de ir a otro mundo, digamos más estable.

—No. Whyssin es nuestro mundo y en él nos quedaremos —contestó Ylena rotundamente.

Se volvió hacia Kyland y sonrió.

—¿Sabes manejar el arco y las flechas?

El joven se rascó una mejilla.

—Una o dos veces, cuando era niño, probé con un arco deportivo…

—Te enseñaré a manejarlo y podremos salir un día de cacería. Si no te desagrada, claro está.

—Será un placer —aseguró Kyland.

Luego pensó en un inconveniente.

—Ylena, dentro de poco tiempo este planetoide pasará cerca de la Tierra. Entonces podremos lanzar una llamada de aviso para que vengan a recogernos. Por lo que a mí respecta, y también respondo de unos cuantos, sabremos guardar silencio y ocultar vuestra existencia. Pero no puedo responder de los demás. A veces, me llaman capitán, que es lo mismo que jefe, pero no supe serlo… y eso significa que en estos momentos carezco de la menor autoridad sobre el resto de mis compañeros.

—¿Cómo puede ser eso? —se extrañó la joven.

Kyland le explicó detenidamente todo lo ocurrido a partir de amotinamiento de sus tripulantes. Incluso le habló de la existencia de otro grupo, cuya situación exacta desconocía, aunque no quiso mencionar las bárbaras orgías que se habían desarrollado a bordo de la *Paradise.*

Cuando terminó, Ylena parecía muy preocupada.

—Hablaré con Ophud —dijo—. De todos modos, yo soy solamente tu guía y me es imposible tomar ninguna decisión.

Ophud, y su consejo asesor, os harán saber qué determinación piensan adoptar sobre vosotros.

Kyland guardó silencio.

La respuesta de Ylena, pese a su ambigüedad, tenía un contenido muy significativo. A él no le importaba en absoluto, y estaba seguro de que Lonsdale, N'Bomo, Petra y, tal vez alguno más, pero en todo caso muy pocos, no tendrían inconveniente en quedarse en Whyssin. Pero los otros querrían regresar a la Tierra y ello podría acarrear serios conflictos, de consecuencias imprevisibles.

CAPITULO VIII

El doctor Lonsdale parecía entusiasmado. Llevaban ya algunas semanas en Whyssin y Kyland le veía frecuentemente en compañía de una atractiva mujer, de unos cuarenta años, por la cual parecía sentir un particular interés. Entre los demás terrestres, al menos por el momento, todo parecía marchar sin demasiadas complicaciones. Estaban bien alimentados,, podían moverse por todas partes con entera libertad y, recordando la suerte corrida por Gordon, se abstenían de molestar a las hermosas nativas.

Mockle se lo dijo cínicamente en cierta ocasión:

—¿Para qué buscarse problemas, si hay chicas terrestres de sobra? Laura ha caído al fin; usted no le hacía caso...

—Le felicito, Billy. Siga así, es lo mejor, hasta que regresemos a la Tierra.

—Gracias, capitán. ¿Sabe?, éste es un mundo verdaderamente feliz. Pero echó algo de menos.

—¿Sí?

—Un buen trago de whisky de cuando en cuando y un habano...

—Si hubiese aquí esas cosas, ya no sería un mundo feliz.

—Puede que tenga razón, Kipp.

Mockle se alejó silbando. Kyland le contempló pensativamente. Aquel muchacho, pensó, parecía cambiar. Podía ser bueno, se dijo.

Lonsdale.se acercó en aquel momento.

—Kipp, he tomado una decisión —manifestó.

—Hable, doctor.

—Ophud y su consejo no han decidido nada todavía sobre nosotros. P.ero si tenemos que quedamos, no me importará en absoluto.

—Caramba, doctor...

—Verá, Kipp, tengo ya cincuenta y cinco años y hace cinco que perdí a mi esposa en un estúpido accidente. Tengo dos hijos, pero están casados y han formado su propia familia. En resumen, nadie me espera en la Tierra, y menos considerando que soy un médico como muchos.

—¿Y bien?

Lonsdale movió la cabeza.

—Gryttia es viuda también. Perdió a su marido en la epidemia y no ha querido tener otro después. Parece que le gusto… y qué diablos, no sé qué sucede aquí, pero me siento infinitamente mejor, hasta más joven, incluso. Puede que haya algo psicológico, pero estimo que el ambiente también es un factor fundamental. —Lonsdale bajó la voz—. Demonios, pero si ya había perdido la mitad del pelo y parece que me vuelve a brotar.

—¿Habremos encontrado la Fuente de la Juventud, doctor? —bromeó Kyland.

—Si no lo es, pienso que se le parece muchísimo. Bueno, muchacho, Gryttia me está aguardando. Voy a ver el pequeño hospital; es muy bueno, pero algunas ideas terrestres no les vendrán mal.

Lonsdale se alejó con un paso vivo, que contrastaba con su anterior cachaza. Agarró posesivamente el brazo de la hermosa viuda y se perdieron por una de las calles laterales.

N'Bomo y Petra se le acercaron también, ambos provistos de arcos y flechas.

—Vamos de cacería, Kipp —dijo él—. ¿No quieres acompañarnos?

—Estuve cazando el otro día, gracias. Más tarde, en todo caso, saldré a nadar un poco en el arroyo.

—¿Se sabe algo sobre la decisión de Ophud? —preguntó Petra.

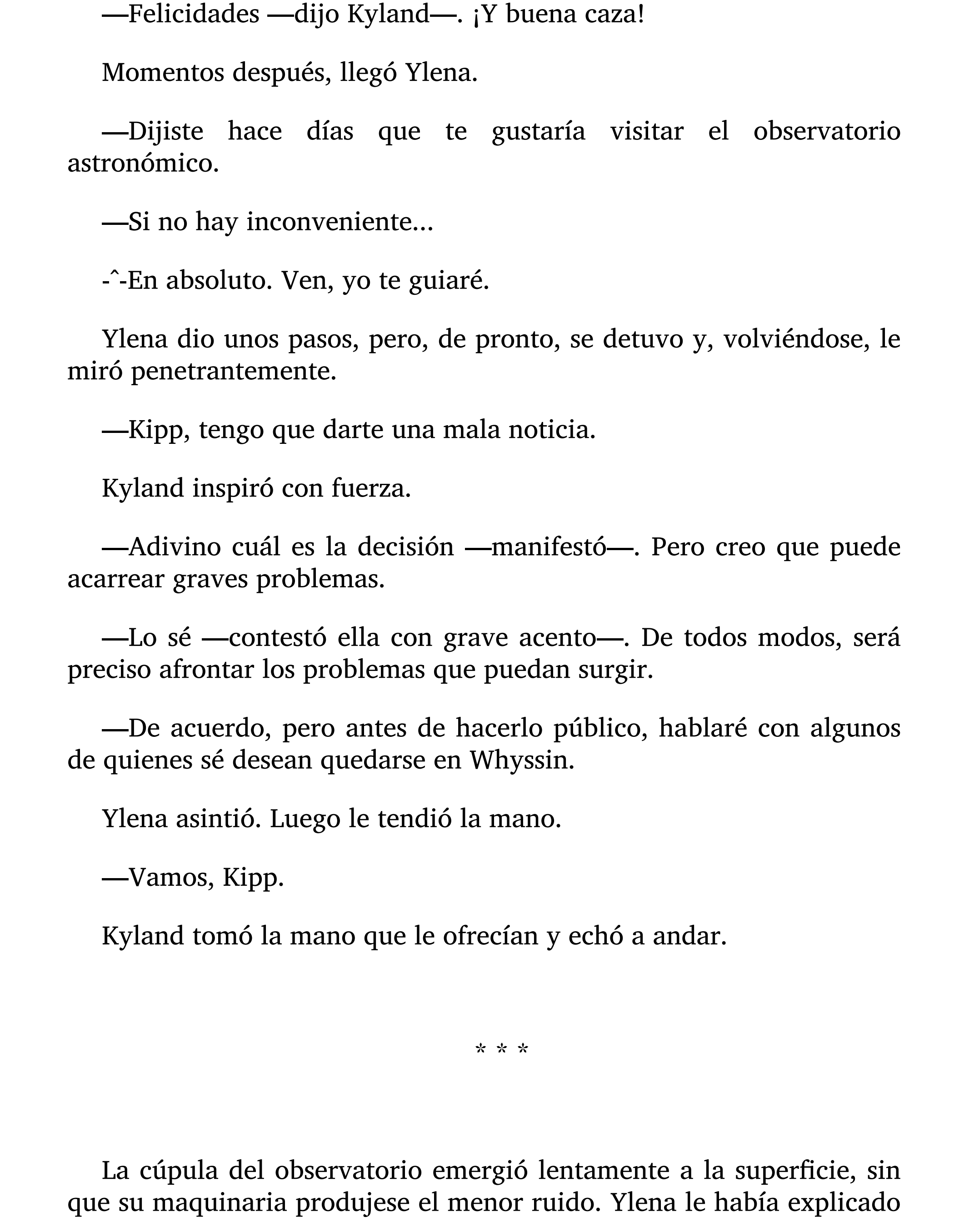
Estaba verdaderamente hermosa, vestida tan sucintamente como las nativas. Para Petra, el color de la piel no existía y Kyland sabía que amaba sinceramente a N'Bomo.

—Todavía no —contestó.

Petra se reclinó en el hombro de N'Bomo.

—A Charlie y a mí no nos importa en absoluto —dijo—. Si hemos de quedarnos en Whyssin, no lo lamentaremos.

—Es más —sonrió N'Bomo—. Vamos a casamos.



—Felicidades —dijo Kyland—. ¡Y buena caza!

Momentos después, llegó Ylena.

—Dijiste hace días que te gustaría visitar el observatorio astronómico.

—Si no hay inconveniente...

-ˆ-En absoluto. Ven, yo te guiaré.

Ylena dio unos pasos, pero, de pronto, se detuvo y, volviéndose, le miró penetrantemente.

—Kipp, tengo que darte una mala noticia.

Kyland inspiró con fuerza.

—Adivino cuál es la decisión —manifestó—. Pero creo que puede acarrear graves problemas.

—Lo sé —contestó ella con grave acento—. De todos modos, será preciso afrontar los problemas que puedan surgir.

—De acuerdo, pero antes de hacerlo público, hablaré con algunos de quienes sé desean quedarse en Whyssin.

Ylena asintió. Luego le tendió la mano.

—Vamos, Kipp.

Kyland tomó la mano que le ofrecían y echó a andar.

* * *

La cúpula del observatorio emergió lentamente a la superficie, sin que su maquinaria produjese el menor ruido. Ylena le había explicado

ya que los detectores de largo alcance no señalaban la presencia de nave alguna en muchos millones de kilómetros a la redonda.

En el observatorio había un instrumental completísimo, apreció Kyland. Los aparatos tenían formas nuevas para él, pero, en sustancia, todos servían para los mismos fines que los construidos en la Tierra. A través de un telescopio de tamaño relativamente reducido, pero de una enorme potencia, pudo divisar a lo lejos el diminuto punto luminoso que era el Sol, bajo cuya luz había nacido treinta y cinco años antes. El telescopio, sin embargo, era todavía insuficiente para divisar los planetas del sistema solar.

Una de las cosas que más llamaron su atención fue un gran disco metálico, situado en un plano horizontal, provisto de una aguja de color azul oscuro, mate. El disco estaba graduado, de acuerdo con los signos del idioma de Whyssin. Kyland adivinó que era una especie de brújula y la muchacha confirmó su hipótesis.

—Con esta brújula podéis corregir el rumbo —dijo.

—Sí, aunque va sabes que es una operación que dura muchos meses. Por ahora, sin embargo, no es necesario hacer ninguna corrección.

—La aguja, me imagino, coincide con el eje longitudinal del planetoide.

—En efecto, así es.

Kyland grabó en su memoria el signo hacia el que apuntaba el extremo de la aguja y luego fue al telescopio. Si era preciso, podía hacerse aparecer las imágenes recogidas en una gran pantalla, que permitía una observación más cómoda. Con la ayuda de Ylena, hizo funcionar la pantalla y luego movió las ruedecillas de una retícula graduada, cuyas indicaciones coincidían con la aguja del compás.

Ella le observaba con gran interés. Kyland, no satisfecho con lo que estaba viendo, hizo funcionar el mando de aumento, con lo que las imágenes adquirieron un tamaño superior. Entonces pudo ver que la cruz central de la retícula apuntaba a un objeto netamente definido en la pantalla. No estaba justamente sobre aquel cuerpo celeste, sino que lo rozaba por la parte inferior derecha.

Pero era suficiente para él.

—Ylena —dijo—, sospecho que vais a tener que enfrentaros con un

grave problema.

Ella le miró inquieta.

-—No soy astrónomo —contestó—. Sé leer las indicaciones de los instrumentos, pero no identificar satisfactoriamente los resultados de las observaciones. ¿Puedes decirme qué es lo que sucede?

—En estos momentos, la aguja del compás señala exactamente el rumbo que sigue el planetoide.

—Sí, así es..

—Y ello se puede confirmar por observación telescópica.

—Por supuesto.

Kyland inspiró profundamente.

—Parece que no utilizáis demasiado el observatorio —dijo.

—No. Disponemos de otros telescopios menores, para observación de posibles astronaves en las inmediaciones. Hace ya tiempo que se señaló el rumbo que seguimos…

—Y los que hicieron la operación, se sintieron satisfechos.

—De lo contrario, Ophud habría sido informado en el acto. Pero ¿qué es lo que ocurre, Kipp?

El meneó la cabeza.

—Lo siento —dijo—. Alguien ha cometido un error o unos aparatos que se suponen perfectos han fallado. El impacto no será directamente en el centro, sino más bien en los bordes, pero da lo mismo. Dentro de unos cinco meses, Whyssin arderá como una pavesa en nuestro Sol. Antes, sin embargo, ya habrá desaparecido de su superficie, y aun del subsuelo, todo signo de vida.

* * *

Lonsdale lanzó un bufido al enterarse de la noticia.

—¡Caramba! Y ahora que yo empezaba a encontrarme a gusto…

—Kipp, ¿estás seguro de que tu observación es exacta? —inquirió N'Bomo.

—Moderadamente seguro —respondió Kyland—. Los astrónomos nativos están ahora en el observatorio. No sé qué habrá causado la desviación de rumbo, pero el hecho es indudable.

—Cuando hayamos rebasado la órbita de Marte, podremos lanzar una llamada de socorro —dijo Petra.

—Si, en efecto.

—Aún tardarán dos semanas en recogernos…

—Pero ya no habrá riesgo. Lo siento por los que habían pensado en quedarse aquí —dijo Kyland.

—Por lo visto, íbamos a quedarnos los terrestres, aunque no voluntariamente muchos de nosotros, pero ahora tendrán que marcharse también los nativos.

—No creo que quieran morir antes que abandonar su mundo —murmuró el joven—. Será un trauma para ellos. Muchos, quizá, no lograrán superarlo y vivirán desesperados. A nosotros, que la conocemos desde nuestro nacimiento, nos gusta la Tierra, pero en comparación con Whyssin, es un auténtico infierno. Y si no, basta recordar lo que sucedía en la *Paradise,* hasta el momento de la sublevación.

—Cada vez que pienso en aquello, siento vergüenza de mí mismo —declaró N'Bomo apesadumbradamente—. Debíamos de estar locos, para aceptar un viaje semejante, pelear como fieras salvajes…

—En cierto modo, era consecuencia de la educación y el ambiente en que vivíamos. Charlie, no pienses más en aquella época. Ahora tienes a Petra al lado y eso puede compensarte de todo lo sucedido.

N'Bomo pasó el brazo por los ya tostados hombros de la joven.

—A pesar de todo, no hemos desistido de la ceremonia de la boda —sonrió anchamente.

—Gryttia me ha dicho que es un rito sencillo, pero curioso. A ella y a mí nos gustaría casarnos el mismo día —intervino Lonsdale.

—Si lo hacen pronto, podrán disfrutar de la luna de miel en el planetoide —sonrió Kyland, en el momento en que Ylena aparecía en la puerta,

—Kipp —dijo la muchacha—, Ophud quiere hablar contigo.

Kyland se levantó.

—Desde luego —accedió.

CAPITULO IX



El semblante de Ophud expresaba a las claras la gravedad del momento.

—La desviación orbital ha sido confirmada —dijo—. Vamos derechos a quemarnos en vuestro sol.

—Tenéis medios para gobernar el planetoide…

—En estos momentos, ya son insuficientes —contestó Ophud—. Pero no acabamos de comprender bien por qué nos hemos desviado de nuestra ruta.

—Tal vez la fuerza de atracción del Sol tenga algo que ver con ello —supuso Kyland—, Es posible que el autor de los cálculos, no lo tuviera en cuenta, al no conceder demasiada importancia al Sol. Y quizá, también, vuestros instrumentos no tienen la perfección deseada.

Ophud movió la cabeza con gesto pesimista.

—Murieron muchos científicos de valía durante la epidemia. Faltan cerebros privilegiados, cuyos conocimientos nos resultarían ahora sumamente útiles. Queríamos reteneros con nosotros y ahora, nos veremos obligados a pedir vuestra hospitalidad…

De pronto, Kyland recordó algo.

—¡Un momento, Ophud! —exclamó—. Aquí llegó un naufragio, que es el que originó la epidemia.

—Sí, en efecto.

—¿Cómo llegó?

—En una astronave, por supuesto.

—Estará en alguna parte, me imagino. A menos que ordenaras lanzarla al espacio…

—Desconocíamos su manejo. Lo único que hicimos fue activar el crecimiento de plantas trepadoras a su alrededor. De este modo, queda oculta a la vista…

Kyland sonrió.

—¿Recuerdas las dimensiones aproximadas de la nave?

—Bueno, yo diría que tiene unos novecientos metros de largo, por unos trescientos de diámetro... Pero el virus mortal puede vivir aún en estado latente, Kipp.

—Estamos vacunados y ya inmunes —arguyó el joven—. ¿Quién puede guiarme hasta la nave?

—Busca a Ylena. Ella sabe dónde está.

—Gracias, Ophud.

Kyland estaba ya en la puerta y, de repente, se volvió.

—Un consejo. Haz que activen los correctores de rumbo, al máximo, justo hasta el límite de seguridad. Yo me ocuparé del resto, no te preocupes.

—Kipp, si lo consiguieras, significaría quedarte aquí para siempre —advirtió Ophud.

—Si lo consigo, tendrás que devolverme el favor —dijo el joven, mirando fijamente a su interlocutor.

—¿Cómo?

—Dejando marchar a los que no quieran quedarse.

—Pero harán pública nuestra existencia...

Kyland se echó a reír.

—Conozco a las gentes de nuestro planeta. Creerán que es una fábula inventada, no te preocupes.

Inmediatamente salió y fue en busca de Ylena.

* * *

Desde el suelo, contempló pensativamente la enorme mole cubierta

por completo de vegetación. Ciertamente, era imposible adivinar que bajo la colina de color verde, había una astronave, posiblemente de tan buena calidad como la *Paradise,* a pesar de ser de tamaño algo inferior. Había, sin embargo, un enigma que no había podido aclarar todavía, aun-

que en aquellos momentos el hecho de que sólo hubiese llegado un tripulante vivo a Whyssin no tenía demasiada importancia.

—¿Crees que podrás manejarla? —preguntó Ylena aprensivamente.

—Estoy seguro —respondió él.

—Quizá falte combustible...

—Estamos relativamente cerca de la Tierra. Debe de haber, por lo menos, tres cuartos de la carga de combustible.

Los motores podrán funcionar, a pleno régimen, durante diez semanas por lo menos. Si con ello no conseguimos nada...

El suelo vibró ligeramente en aquel momento.

—Acaban de poner en marcha los correctores de rumbo —explicó la muchacha.

—Bien, creo que debemos poner manos a la obra. Ven, buscaremos el lugar aproximado donde está una de las escotillas de acceso.

—Pero las plantas trepadoras harán efecto de amarras...

Kyland se echó a reír.

—Aún no conoces bien la potencia ascensional de una de nuestras astronaves —contestó.

Dio un paso hacia adelante y, de repente, se detuvo al oír una voz a sus espaldas.

—¡Quieto, capitán! ¡No se mueva o lo ensarto como a un pollo!

Kyland se inmovilizó en el acto. Ylena lanzó un pequeño grito.

Serenamente, Kyland dijo:

—Me parece oír la voz de Tom Saunders. ¿Qué hace por estos parajes?

Saunders lanzó un gruñido.

—Tenemos hambre —declaró.

—Han consumido todas las provisiones en cuatro días, dedicados a las orgías más repugnantes, completamente despreocupados del futuro... ¿Qué sucede? ¿Ya no le quiere Roberta?

—Han muerto cuatro hombres y tres mujeres...

—¿De hambre?

Saunders guardó silencio.

—Ya, se han peleado casi a diario, como bestias feroces —adivinó—. Bien, Tom, ¿qué piensa hacer con nosotros?

—Kipp, este hombre pertenece al otro grupo —dijo Ylena.

—En efecto.

Kyland se volvió. Saunders ofrecía un aspecto desastroso, con barba de más de dos meses y las ropas convertidas en puros harapos. Pero en la mano tenía una lanza, hecha con un afilado cuchillo y un trozo de rama recta. Además, llevaba un hacha a la cintura.

—Capitán, ustedes han encontrado nativos —dijo Saunders roncamente—. Ella y usted tienen una apariencia magnífica, lo que significa comida. Llévenos con usted...

—¿Dónde están los otros?

Saunders extendió el brazo izquierdo.

—Allí, a unas dos horas de marcha... Algunos no pueden moverse... ¡Pero yo sí, y le atravesaré si no obedece mis indicaciones!

Kyland cambió una mirada con la muchacha.

—Tranquilízate —dijo.

Luego se volvió hacia el otro.

—Tom, en este planetoide hay animales. ¿Es que no han sido capaces de cazar uno solo?

—Se nos escapan siempre... —jadeó el sujeto.

Kyland cerró los ojos. «Inútiles, incapaces de construirse un arco rudimentario, vanidosos, egoístas...», les apostrofó mentalmente. Pero tenían que aprender un poco, se dijo.

—Muy bien. Oh, Ylena, si no me equivoco, por allí vienen nuestros ayudantes.

La nativa se volvió, lo mismo que Saunders. Kyland aprovechó para desviar el venablo y golpear duramente la mandíbula del sujeto.

Saunders cayó por tierra, jurando a voz en cuello. Antes de que pudiera recobrarse, Kyland apoyaba en su garganta la punta del venablo.

—¡Cállese, maldito! —dijo exasperadamente—. Cierre su asquerosa boca de una vez o le mato aquí mismo.

En los ojos de Saunders apareció una sombra de miedo. Kyland se retiró unos cuantos pasos.

—Levántese y vaya en busca de sus compañeros. Si ha sabido encontrarnos una vez, nos encontrará otra. Hagan angarillas para los que no puedan caminar; aprendan a vivir por sus propios medios..., y si no vuelven, créame, no se les echará de menos.

Saunders se puso en pie, sacudiendo torpemente la cabeza.

—Lo haré..., pero juro que un día me pagará esto, capitán.

—Váyase de una vez —contestó el joven secamente—. Aquí nos tendrá, se lo aseguro.

Ylena contempló al terrestre que se alejaba con paso inseguro.

—¿Por qué no le has ayudado? —preguntó.

Kyland se volvió hacia la joven.,

—Hay algo más urgente que ayudar a unos cuantos estúpidos, que no han sabido desenvolverse en un ambiente tan favorable como éste —respondió—. No están en peligro inminente, nos dejaron abandonados egoístamente..., y es mucho más urgente tratar de corregir el rumbo de Whyssin.

—¿Hay despecho en tu negativa, Kipp?

—Tal vez, pero no demasiado, no te vayas a creer. Repito que lo

más importante es corregir el rumbo del planetoide. Y, te lo aseguro, cada minuto puede resultar vital.

—Sí, en eso tengo que darte la razón. ¿Vamos?

Kyland lanzó una mirada a la masa de vegetales que cubrían la nave. Había trabajo, pensó, mientras echaba mano al machete de que había ido provisto, lo mismo que Ylena. Sin perder más tiempo, empezó a cortar hierbas.

* * *

Ylena se sentía pasmada de asombro. En el interior de la nave, reinaba un silencio sepulcral. Kyland iba delante de él, guiándola por pasillos y corredores que le parecían un laberinto inextricable. A medida que avanzaban, Kyland accionaba conmutadores que proporcionaban una brillante iluminación al interior del gigantesco navío estelar.

El joven se sentía satisfecho. En cinco años, los acumuladores de emergencia, que era los que estaba usando en aquellos momentos, habían mantenido su energía prácticamente íntegra. No obstante, sería preciso conectar cuanto antes los motores de recarga. Sin embargo, era un trabajo que no presentaría excesivas dificultades.

Kyland conocía bien el tipo de nave en la que se hallaba, ya que antes de obtener la patente de capitán, había hecho un viaje en una idéntica. Por tanto, no le costó apenas encontrar el puente de mando. Cuando se sentó en el sillón del piloto, sintió que se le ensanchaba el ánimo.

—Aquí, Ylena —dijo, señalando el sillón contiguo.

Inmediatamente, inició la revisión de instrumentos. Lo primero de todo, se dijo, era levantar la nave del suelo. Más tarde, tendría ocasión de buscar el cuaderno de bitácora y enterarse de lo que había sucedido a sus tripulantes.

Las luces verdes iban apareciendo sin dificultad en el cuadro de mandos. Cuando vio que todo estaba en orden; accionó una pequeña palanquita.

Abajo, en las entrañas de la nave, rugieron silenciosamente los motores. Kyland observó los indicadores de potencia. Movió cuatro palancas, una por cada motor principal, y luego accionó otra.

La nave se estremeció ligeramente. Kyland dio más potencia a los motores. Al otro lado de las ventanillas, protegidas por recios vidrios, sólo había una oscuridad de color verde.

—No podrá despegar —dijo la muchacha.

—Calma, todavía no le he dado la centésima parte de la potencia real.

Kyland dejó pasar sesenta segundos. Luego volvió a mover la palanca central. El esfuerzo ascensional se hizo claramente perceptible. Delante de ellos, saltaban los troncos de las plantas trepadoras, algunos gruesos como su muslo. Los ruidos de las roturas llegaban sordamente al interior y se producían ininterrumpidamente.

El indicador de altura señalaba solamente media docena de metros. Había que pensar en la colosal masa vegetal que sujetaba a la nave con infinidad de amarras. Pero, casi de repente, sonó un tremendo crujido y el aparato dio un salto brusco hacia arriba.

La claridad exterior irrumpió de golpe. Ylena lanzó un grito. Kyland gritó también, pero por un motivo muy distinto.

—¡Lo hemos conseguido!

La nave, liberada de lo que, en la práctica, era el peso de millares de toneladas, ascendía ahora a gran velocidad. Kyland tuvo que aplicarse al manejo de los controles, para regresar al suelo. A su lado, Ylena contenía el aliento. De pronto, cuando estaban solamente a cincuenta o sesenta metros de la superficie, lanzó una exclamación, a la vez que señalaba con la mano hacia adelante:

—¡Mira, Kipp!

Kyland frunció el ceño. Casi se había olvidado de Roberta y sus compañeros. Se habían marchado dieciséis y sólo regresaban nueve. Mientras descendía, apreció que había dos de ellos que necesitaban viajar en angarillas.

Lentamente, la nave regresó al suelo. Kyland se puso en pie.

—Ahora podemos salir por la escotilla asignada a los pilotos —

dijo.

Aquella abertura estaba situada a veinte metros del suelo y se podía llegar a ella en un ascensor. Kyland hizo funcionar el mando de apertura, lo que, automáticamente, desplegó una escalera y, acto seguido, inició el descenso. Cuando ponía los pies en tierra, vio que una de las personas que viajaban en angarillas era Roberta Stevenson.

* * *

El asombro de Kyland fue enorme al ver que Roberta se incorporaba sin dificultad, sonriendo satisfecha. Puso los pies en tierra y se volvió hacia los dos hombres que llevaban la camilla.

—Gracias, chicos, lo tendré en cuenta a la vuelta.

Kyland se esforzó por reaccionar. Sí, era la misma, vana, egoísta, pagada de su fortuna...

—¿Les has prometido unos cuantos millones para que te transportasen en la camilla y así no cansarte? —preguntó.

—Nunca faltan voluntarios para complacer a una dama —respondió ella cínicamente—. Oye, ¿quién es esta beldad? Tom me lo dijo, pero no acababa de creerlo...

—Se llama Ylena y ha nacido aquí —contestó el joven—. Ylena, te presento a Roberta.

—Muy apetitosa —dijo Von Schistmark.

—Cuidado, Karl —advirtió Kyland—, No me gustaría tener que partirle la boca, para que aprenda a hablar educadamente.

—Bah, no es más que una salvaje...

—Cállate, Karl —exclamó Roberta—. Kipp, ¿de dónde has sacado esa astronave?

—Llegó aquí hace cinco años, y no tiene tripulación.

—Oh, magnífico. Nos servirá para volver a la Tierra, ¿verdad?

—Estás equivocada, Roberta. Esta nave tiene una utilidad muy distinta a la que has pensado. El planetoide sigue una órbita peligrosa y vamos a tratar de corregirla, a fin de evitar que acabe ardiendo en el sol dentro de cinco meses.

Roberta arqueó las cejas.

—¿Piensas que voy a creerme esa fábula?

Kyland se encogió de hombros.

—Piensa como gustes, pero te he dicho la verdad.

Lanzó una mirada al hombre que yacía inmóvil sobre las angarillas.

—¿Qué le pasa a Knudson? —preguntó.

—Está enfermo. No puede dar un paso —respondió uno de los hombres—. En este maldito planeta hay zonas insalubres, que producen malaria. Todos hemos tenido fiebres los días pasados, aunque logramos curarnos sin dificultad. Pero ayer, Leif recayó y aún está así.

—Creo que yo también caeré pronto enfermo —dijo otro—. Empiezo a sentir escalofríos y me duele la cabeza.

Kyland frunció el ceño. El rostro de Knudson ofrecía una coloración que le pareció anormal, distinta de la causada por una fiebre muy elevada. Pero no tuvo tiempo de hacer especulaciones.

La voz de Saunders, por segunda vez en aquel mismo día, volvió a sonar a sus espaldas.

—Capitán, esta vez no me sorprenderá, se lo aseguro. Tengo una pistola en la mano y no le permitiré que se acerque a menos de diez pasos de distancia.

—¡Bravo, Tom! —aplaudió Roberta.

Kyland se maldijo por haber actuado tan descuidadamente. Se había olvidado de Saunders y el sujeto se había colado en la nave, en donde, era fácil adivinarlo, no faltaban las armas de los anteriores tripulantes.

CAPITULO X

Kyland permanecía inmóvil, con los puños cerrados, en un gesto de rabia impotente. A su lado, Ylena le miraba angustiosamente.

—Está bien, Saunders. ¿Qué es lo que quiere? —preguntó, después de unos segundos de silencio.

—Es bien sencillo. Usted es un competente piloto. Llévenos a la Tierra. Eso es todo lo que deseamos.

—Si lo consigues, Kipp, te pagaré cincuenta millones de recompensa —terció Roberta.

—Tú eres de la clase de personas que todo lo fían al poder del dinero, ¿no es cierto?

—¿Hay algo mejor para convencer a las personas de que hagan lo que una desea?

—Puede que estés equivocada, Roberta. No pienso pilotar la nave ni tengo intenciones de llevarla a la Tierra.

Los ojos de la joven lanzaron destellos de cólera. Pero antes de que pudiera hablar, lo hizo Saunders:

—Roberta, preciosa, déjame a mí, por favor. Kipp es un hombre desinteresado del dinero, pero no de otras cosas. Por ejemplo, esta guapa nativa que le acompaña y de la que, me parece, está muy enamorado. Creo que no deseará que le suceda nada malo, ¿verdad?

Kyland se volvió lentamente. La pistola de Saunders apuntaba ahora a la cabeza de Ylena.

—Amenazarte a ti no serviría de nada, Kyland —añadió Saunders burlonamente—. No se puede matar a la única persona capaz de llevarnos a la Tierra. Pero si tenemos que quedarnos aquí..., ¡dejaremos que el cuerpo de esta salvaje se pudra en este maldito asteroide!

Kyland contempló a Ylena durante un instante. La joven se mostraba serena, aunque había palidecido un tanto.

—¿Y bien, Kipp? —dijo Roberta, sonriendo satisfecha—. De todos

modos, mantengo la recompensa. Con ese dinero, puedes alquilar una nave, devolver a la chica a este planetoide…, y quedarte aquí si lo deseas.

—Pero ¿es que no lo comprendes? —gritó Kyland exasperadamente —. No podemos perder tiempo; es preciso iniciar la desviación de rumbo…

—Los que no podemos perder tiempo somos nosotros —cortó Saunders con glacial acento—. ¿Qué te pasa, Kipp? ¿Has llegado a preferir a estos salvajes a todos nosotros?

—Preferiría mil veces al peor de estos nativos, antes que a uno cualquiera de los que forman vuestro grupo. Basta recordar el comportamiento observado…

—Supervivencia, querido —dijo Roberta cínicamente.

Kyland se volvió hacia ella.

—¿Supervivencia? ¡Erais dieciséis y sólo quedáis nueve! Siete han muerto en poco más de dos meses. ¿Llamas supervivencia al hecho de perder casi el cincuenta por ciento en tan poco tiempo y en un mundo donde no hay fieras? Nosotros, en cambio, hemos sobrevivido todos, menos uno, y aun ello porque intentó… quebrantar las leyes de este pequeño mundo. ¡Me das asco, créeme!

Roberta lanzó un chillido de furor y avanzó hacia el joven, dispuesta a abofetearle. Pero antes de que descargara el golpe, sonó una voz a corta distancia:

—¡Eh, Tom! Suelta esa maldita pistola o te traspasaré como si fueses un pollito.

Kyland respingó al reconocer la voz de Billy Mockle. Volvió la cabeza un poco y vio al muchacho, a una docena de pasos de distancia, armado de un arco, con una flecha ya puesta en la cuerda tensa. Al lado, entre unos arbustos, había otra persona, cuya identidad no pudo adivinar.

Saunders, sin embargo, reaccionó con fulgurante rapidez.

Casi antes de que Mockle terminase de hablar, se agachó y apretó el gatillo de la pistola. El muchacho lanzó un grito y soltó el arco, para caer de espaldas casi en el acto.

* * *

Tras el disparo, sonó un agudo chillido. Laura Stark salió de su escondite y corrió hacia Mockle.

—¡Billy, Billy! —llamó angustiadamente. Vio el rostro sin color del muchacho y la sangre que manchaba su pecho y se tambaleó un instante. Luego se volvió hacia Saunders—. ¡Asesino! ¡Le has matado…!

—Cállate, estúpida; simplemente, me he defendido —protestó Saunders. Miró a Roberta—. Demonios, quería traspasarme a flechazos.

—No te preocupes, has hecho bien —aprobó la joven.

Sin hacer caso de la amenaza de la pistola, Kyland se acercó al caído y se arrodilló a su lado. Contempló la herida un instante; el impacto se había producido en la parte alta despecho. Sangraba profundamente, pero tenía la impresión de que la bala no había interesado ningún órgano vital.

—No te preocupes, Laura, saldrá adelante. —Alargó la mano—. Dame la tela que te cubre el pecho.

Ella se mordió los labios un instante, pero obedeció casi en el acto. Kyland vendó al herido fuertemente.

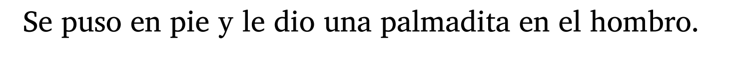
—La bala ha quedado dentro, pero el doctor Lonsdale la extraerá sin dificultad —dijo.

—Habíamos salido a cazar… Yo no acabo de dominar el arco… —dijo Laura con voz temblorosa—. Oh, Kipp, ¿qué es lo que quieren hacer con vosotros?

—Tengo que llevarles a la Tierra o matarán a Ylena.

—Bandidos.

—No te encolerices, no serviría de nada —sonrió Kyland—. Lo mejor que puedes hacer es regresar cuanto antes a Whyssin, para que vengan a buscar a Billy.


Se puso en pie y le dio una palmadita en el hombro.

—Animo, Laura —-se despidió.

Giró en redondo. La pistola de Saunders había vuelto a apuntar de nuevo a la cabeza de Ylena.

—¿Y bien, capitán? —dijo el sujeto burlonamente.

—Estoy dispuesto —respondió Kyland, impasible.

—Muy bien, sube el primero. Y recuerda, a la menor sospecha, los sesos de esta salvaje, volarán por los aires.

—Descuida.

Kyland inició la ascensión, seguido de los demás, Saunders iba inmediatamente detrás de Ylena. Roberta seguía a continuación. Finalmente, todos alcanzaron la esclusa abierta.

En el suelo, Knudson lanzó un grito desesperado:

—¡Roberta! ¡No me abandonéis aquí!

La joven se volvió y sonrió desdeñosamente.

—No somos enfermeros —contestó—. Anda y púdrete por ahí.

Knudson alzó el puño, pero, debilitado por la fiebre, volvió a caer sobre las angarillas. Rodaron lágrimas de sus ojos al ver que la escotilla se cerraba con seco chasquido.

Laura estaba arrodillada junto a Mockle, quien ya empezaba a recobrar el sentido.

—Animo, Billy, el doctor Lonsdale te pondrá como nuevo dentro de muy poco…

La nave alzó el vuelo lentamente a los pocos minutos. Cuando su enorme casco se despegaba de la tierra, N’Bomo y Petra aparecieron a la carrera.

—¡Laura! —gritó él.

—Saunders hirió a Billy —contestó la muchacha—. Han obligado a Kipp a pisotear la nave. Si no lo hacía, matarían a Ylena…

— ¡Oh, no! —exclamó Petra, consternada.

N'Bomo fijó la vista en Mockle y apreció el vendaje de su herida.

—Iré a buscar al doctor Lonsdale —manifestó—. Leif, ¿qué te pasa? —preguntó al enfermo.

—Tengo mucha fiebre... Todo me da vueltas...

N'Bomo sonrió.

—Animo, muchacho; el médico estará aquí antes de un par de horas. Petra, quédate a cuidarlos con Laura.

—De acuerdo, Charlie.

N'Bomo lanzó una mirada hacia las alturas. La nave empequeñecía con gradual rapidez. Lleno de pesimismo, se dijo que apenas si les quedaban ya cinco meses de vida.

—No, cuatro —rectificó, mientras trotaba a buen ritmo hacia la ciudad subterránea—. Un mes antes, la temperatura se hará insoportable y arderemos como mariposas en la llama de un candil.

Pero no por ello debían dejar sin atención médica a un hombre herido de un balazo y un enfermo de malaria.

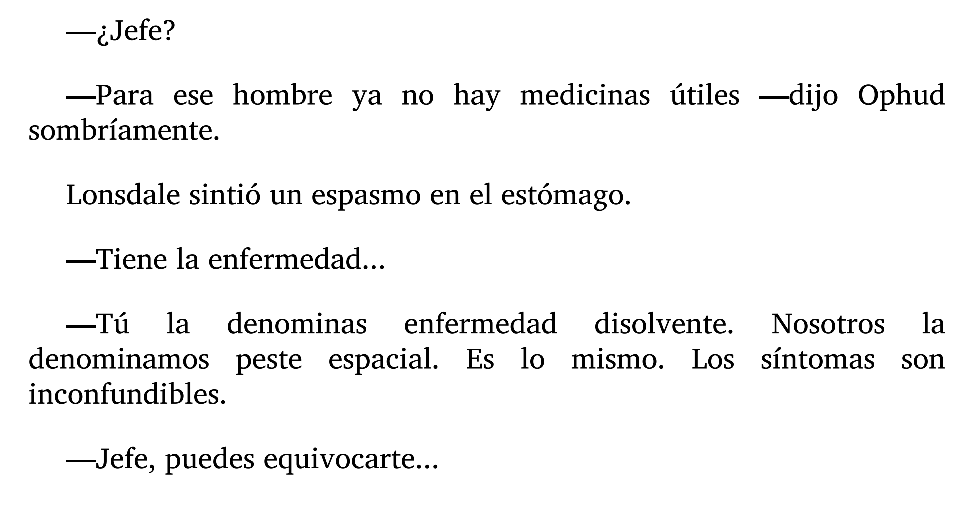
Dos horas más tarde, Lonsdale, acompañado del propio Ophud y de algunos de los nativos, portadores de lámparas que disipaban las tinieblas, llegaron al lugar donde había estado varada la astronave durante cinco años. Lonsdale hizo una rápida cura a Mockle y ordenó que lo llevasen a la ciudad sin pérdida de tiempo. Cuatro robustos nativos, cargaron con la camilla y emprendieron el regreso inmediatamente. En Whyssin le extraería la bala, con los medios adecuados.

Luego se acercó a Knudson y le dio un febrífugo.

—Animo, Leif; en cuestión de un par de días, te sentirás como nuevo —dijo con jovial acento.

Otros cuatro porteadores cargaron con la segunda camilla. Lonsdale se disponía a romper la marcha, cuando, de pronto, sintió en su brazo el contacto de una mano.

Volvió la cabeza. Ophud se había quedado deliberadamente retrasado, para decirle algo importante.



—¿Jefe?

—Para ese hombre ya no hay medicinas útiles —dijo Ophud sombríamente.

Lonsdale sintió un espasmo en el estómago.

—Tiene la enfermedad…

—Tú la denominas enfermedad disolvente. Nosotros la denominamos peste espacial. Es lo mismo. Los síntomas son inconfundibles.

—Jefe, puedes equivocarte…

—No —respondió Ophud firmemente—. Ese hombre tiene el mismo aspecto que el que llegó aquí hace cinco años y nos contagió el virus. Las manchas rojizas de su piel son inconfundibles. Pasado mañana, serán placas duras, pero a las veinticuatro horas, se habrán ablandado de nuevo. A partir de ese momento, sólo le quedan cuarenta y ocho horas de vida.

—Es horrible —murmuró Lonsdale, sumamente impresionado.

—Por fortuna para él, caerá en la inconsciencia dentro de un par de días. Ya no recobrará el conocimiento nunca.

—¿Sienten dolores los enfermos?

—No demasiados. La fiebre es muy molesta… Si quieres, intenta bajar la temperatura de su cuerpo; eso es lo único que ya se puede hacer en este caso.

—Por fortuna, estamos inmunizados —dijo Lonsdale—. Pero ¿dónde diablos ha contraído Knudson la enfermedad? Por lo que yo sé, no ha estado nunca en la nave…

—Llevan más de dos meses en Whyssin. Es, más o menos, el tiempo de incubación de la enfermedad, aunque mejor estaría decir que es el plazo crítico, en el que todo intento de curación es ya imposible. Un mes atrás, la vacuna les habría salvado. Ahora, ese pobre hombre no tiene remedio.

—¡Dios mío! Pero los demás también…

—Sí —confirmó Ophud.

—No lo entiendo —dijo Lonsdale—. Desde que salimos de la Tierra, no habíamos hecho todavía ningún aterrizaje... ¡Espera! —exclamó repentinamente—. ¡Ahora lo recuerdo! El otro planetoide; es algo mayor que éste y algunos desembarcaron por curiosidad. Ocurrió un par de semanas antes del motín. Luego vimos este planetoide, pero ya no nos detuvimos... Jefe, ¿crees que fue allí donde contrajeron el virus?

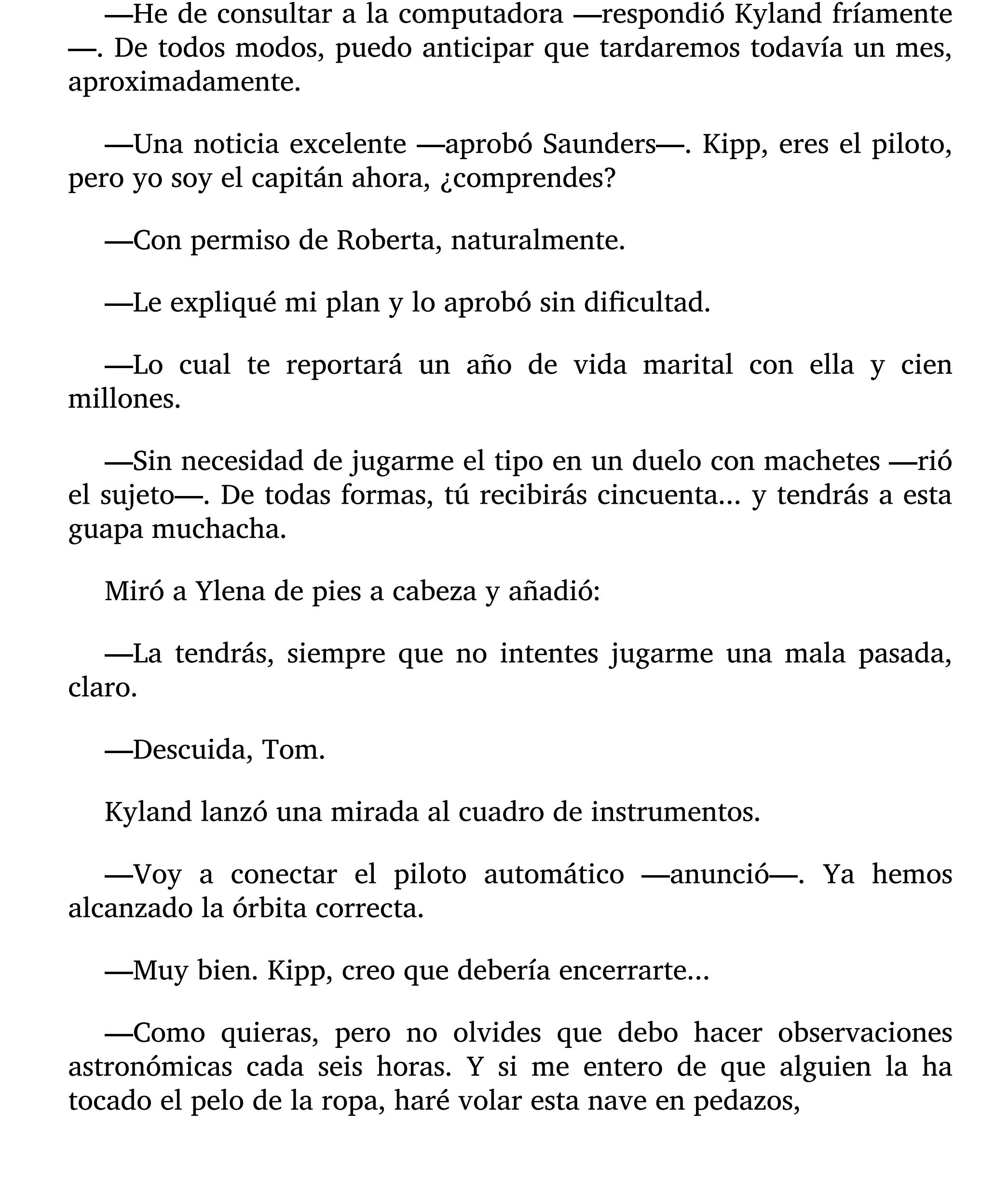
—No me cabe la menor duda, doctor. De aquel planetoide procedía el astronauta que llegó a Whyssin y que propagó la enfermedad entre nosotros.

Lonsdale elevó la vista hacia el cielo estrellado.

—Ahora, esa nave se dirige a la Tierra, llevando la muerte en su seno —dijo dramáticamente—. Pueden morir miles de millones de personas...

—Kyland e Ylena sobrevivirán. Los otros morirán antes y ellos regresarán a Whyssin —declaró Ophud.

CAPITULO XI



El planetoide había desaparecido ya de la vista. Satisfecho, Saunders lanzó una alegre carcajada.

—Capitán, ¿qué plazo calcula para la llegada a la Tierra? —preguntó con burlona cortesía.

—He de consultar a la computadora —respondió Kyland fríamente—. De todos modos, puedo anticipar que tardaremos todavía un mes, aproximadamente.

—Una noticia excelente —aprobó Saunders—. Kipp, eres el piloto, pero yo soy el capitán ahora, ¿comprendes?

—Con permiso de Roberta, naturalmente.

—Le expliqué mi plan y lo aprobó sin dificultad.

—Lo cual te reportará un año de vida marital con ella y cien millones.

—Sin necesidad de jugarme el tipo en un duelo con machetes —rió el sujeto—. De todas formas, tú recibirás cincuenta... y tendrás a esta guapa muchacha.

Miró a Ylena de pies a cabeza y añadió:

—La tendrás, siempre que no intentes jugarme una mala pasada, claro.

—Descuida, Tom.

Kyland lanzó una mirada al cuadro de instrumentos.

—Voy a conectar el piloto automático —anunció—. Ya hemos alcanzado la órbita correcta.

—Muy bien. Kipp, creo que debería encerrarte...

—Como quieras, pero no olvides que debo hacer observaciones astronómicas cada seis horas. Y si me entero de que alguien la ha tocado el pelo de la ropa, haré volar esta nave en pedazos,

Saunders pareció impresionarse por la amenaza. No entendía absolutamente nada del gobierno de una astronave y se dio cuenta de que Kyland era muy capaz de cumplir su palabra.

—Nadie se meterá con ella, tienes mi palabra —dijo, fanfarrón.

En aquel momento, se abrió la puerta de la cabina.

—Eh, Tom —dijo el recién llegado—. Los depósitos de víveres están repletos. En los frigoríficos hay carne para un millón de lobos hambrientos.

—Estupendo, Gary —sonrió Saunders.

—Hay otra cosa también. Karl tiene fiebre.

Saunders frunció el ceño.

—Busca medicinas en el botiquín... No, espera, yo iré en persona. Quédate por el momento en la cabina y vigila a la chica constantemente. Recuerda: es nuestra garantía de regreso a la Tierra.

Gary McCullen se apoderó del arma.

—Puedes irte tranquilo —sonrió.

Caminó unos pasos y se sentó con aire indolente sobre una consola.

—Es guapa de veras, capitán —dijo.

—Hay más mujeres en la nave. No la mires a ella.

—Tengo que mirarla. Mi obligación es vigilarla... y pegarle un tiro si usted hace algo sospechoso.

—Puedes estar tranquilo, Gary. La nave lleva rumbo directo a la Tierra.

McCullen sacó un cigarrillo y se lo puso entre los labios. Kyland fijó la vista en el rostro de Ylena.

—No te preocupes —murmuró.

—Me siento... deprimida... Yo salvaré la vida, pero ellos... morirán.

— ¡Eh! —gritó McCullen—. Hablen alto, que les pueda oír.

Kyland le miró de soslayo.

—Limítate a vigilarnos —contestó, a la vez que enseñaba las manos —. ¿Estoy haciendo algo sospechoso? ¿Puede ella hacerte algún daño, si no tiene armas?

McCullen rezongó entre dientes, pero acabó por aceptar los argumentos del joven.

—Está bien, qué diablos... A fin de cuentas, no me han dicho nada sobre prohibirles conversar...

Kyland reanudó el diálogo.

—Antes de veinticuatro horas, y quizá alargo demasiado el plazo, me habré hecho con el dominio efectivo de la nave —dijo con voz muy tenue.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Conozco bien a esta clase de gente —sonrió él—. Han pasado dos largos meses privados de todo. Ahora han encontrado comida en abundancia y también algo que habrán echado mucho de menos. A bordo de esta nave hay una bodega muy bien provista.

—Creo que entiendo...

—Ten un poco de paciencia. Puede que esta misma noche haya conseguido dominarles. De momento, aunque ellos no lo saben, la nave viaja a la velocidad mínima. La distancia a Whyssin es muy corta. Todavía podemos conseguir algo. ¡No sonrías, por favor!

Ylena comprendió y movió la cabeza afirmativamente. Kyland calculó que ella ya sabía bastante, por lo que se levantó y agitó una mano.

—¡Eh, Gary, yo también llevo tiempo sin fumar! Dame un cigarrillo, hombre.

—Cuidado, ¿eh? —rezongó el sujeto.

Sacó el paquete de tabaco del bolsillo de su camisa y lo lanzó al suelo, de modo que tuviera siempre campo de tiro. Añadió los fósforos y fijó la mirada en Ylena.

Tres horas más tarde, se abrió la puerta de la cabina. Un hombre entró, eructando ruidosamente. También traía una pistola en la mano.

—Vengo a relevarte, Gary —anunció.

—Creía que os habíais olvidado de mí —se quejó McCullen—. Bueno, Peter Queen, ahí te quedas.

Al salir, se volvió un instante.

—¿Qué tal has cenado, muchacho?

Queen hizo un gesto con el índice y el pulgar en círculo.

—Como un caníbal hambriento —respondió. Y volvió a eructar.

—Se han olvidado de nosotros —dijo Kyland.

—Hombre, ¿por qué no llamas para que os traigan algo de comer? —sugirió Queen,

—No, déjalo, no tenemos apetito. Hemos comido hoy muy bien. Podemos esperar hasta el desayuno.

El centinela se encogió de hombros.

—A tu gusto, capitán.

La puerta había quedado entreabierta. Llegaban ruidos de voces y risas estridentes. También se oía música. Sonaron taponazos de botellas de champaña.

Queen lanzó una risita.

—Se están desquitando. La verdad es que no lo hemos pasado muy bien —reconoció—. Y luego, esas malditas fiebres... Si no hay pantanos, ¿cómo diablos puede haber malaria?

—Este planetoide no es la Tierra. Quizá los mosquitos no necesitan aquí zonas pantanosas. De todos modos, a nosotros no nos han atacado —dijo Kyland.

De pronto, se oyó un estallido de vidrios rotos, seguido de las alegres carcajadas de una mujer que corría, perseguida por un hombre.

—¡Cázala, Ed! —gritó Roberta.

Ylena permanecía seria, callada. Queen, con ojos ligeramente enrojecidos la miró críticamente.

—¿Es tu chica, Cappy? —preguntó.

—Sí.

—Toda una hembra, tú.

Queen volvió a eructar. Casi de repente, se estaban apagando los ruidos de la orgía.

Transcurrió media hora más. Queen emitió un prolongado bostezo. Buscó el sillón del navegante, lo hizo girar y se sentó frente a la pareja, situada a unos seis o siete metros de distancia.

—Espero que alguien venga a relevarme pronto —dijo con voz espesa de comida y alcohol—. Eso de hacer de centinela no es agradable.

Al cabo de unos minutos, la cabeza se le dobló sobre el pecho. Hizo un desesperado intento por mantenerse despierto, pero no pudo conseguirlo. Un poco después, empezó a roncar sonoramente.

Entonces, Kyland, con grandes precauciones, se acercó al sujeto y le quitó la pistola.

* * *

Queen despertó instantáneamente, pero ya era tarde. El puño derecho de Kyland, que contenía la culata del arma, le golpeó con dureza en la sien y el sujeto se desplomó sin sentido.

—Ylena, dame tu banda pectoral —pidió él—; ya encontraremos ropas para ti en el almacén de vestuario.

Ella obedeció sin remilgos, que no tenían sentido en aquella situación. Kyland rasgó la banda en tres tiras, que sirvieron para atar a Queen de pies y manos y taparle la boca. Terminada la operación, se dirigió hacia la puerta y la abrió cautelosamente.

El silencio era total a bordo de la nave. Kyland habló por encima del hombro:

—Ylena, tú siempre detrás de mí —ordenó—. Si alguien te sorprende con una pistola y te la pone en la cabeza, no pierdas

tiempo; agáchate inmediatamente y grita fuerte, a la vez que te echas a un lado. ¿Has comprendido?

—Lo haré, Kipp —respondió la joven serenamente.

—Entonces, no se hable más. ¡Vamos!

Calladamente, abandonaron la cabina de mando. La orgía se había producido en el sector de lujo de la astronave, donde estaban los mejores salones y camarotes. Pensando en la clase de gente que eran Roberta y sus invitados, era algo enteramente lógico.

Kyland abrió la puerta de uno de los camarotes. Había dos individuos dormidos, completamente borrachos. Kyland los registró rápidamente en busca de armas, pero no encontró ninguna. Al salir, bloqueó la cerradura por el exterior. Mientras él lo deseara, no podrían abandonar el camarote.

En el siguiente, hallaron a una pareja, él y ella completamente desnudos y, como los anteriores, durmiendo la borrachera. Ylena hizo un gesto de asco al contemplar la escena.

—No todos los terrestres son como ellos —dijo Kyland, a guisa de disculpa.

Encontraron a otro hombre más, durmiendo solo, y lo encerraron igualmente. Kyland, conociendo el número de bajas sufridas por el grupo de Roberta, iba contando a los prisioneros. Encerraron a la siguiente pareja y luego, en otro camarote, encontraron a Roberta, sola, durmiendo asimismo.

Kyland frunció el ceño. Allí había algo que no marchaba bien.

De repente, pareció presentir el peligro. Con la mano izquierda, agarró el brazo de la muchacha y la hizo traspasar el umbral, arrojándola al interior del camarote. Se ladeó un poco y, en el mismo instante, sonó un disparo.

Arriba, en la cubierta superior, Saunders lanzó un aullido de furia. En fracciones de segundo, Kyland comprendió lo ocurrido.

Saunders era hombre que no se fiaba de los demás. Era muy probable, incluso, que hubiera bebido menos alcohol. Debía de haber dormido un rato y luego, inquieto, había abandonado la agradable compañía de Roberta, para vigilar a sus prisioneros. Lo único que había conseguido era encontrar a Peter Queen atado de pies y manos

y amordazado.

Estaba a veinticinco metros de distancia, en un nivel cuatro metros más alto. La bala chocó contra uno de los mamparos metálicos y rebotó con terrible silbido. Pero Kyland estaba ya prevenido y se arrodilló, sujetando el arma con ambas manos.

Apretó el gatillo. Saunders sufrió un terrible estremecimiento y su brazo derecho fue sacudido por un fortísimo espasmo, que le hizo lanzar el arma a unos metros de distancia. Luego, lentamente, se inclinó sobre la barandilla y empezó a vencerse sobre su cuerpo. Las piernas se elevaron unos instantes, para luego precipitarse al suelo de la cubierta baja del sector, situada a unos doce metros de distancia.

El golpe resonó sordamente. Kyland bajó corriendo por la escalera más próxima. Se arrodilló junto al caído. Saunders respiraba aún, muy débilmente. Abrió los ojos y miró al joven con odio infinito.

—Te has salido con la tuya… —jadeó.

—¿Me vas a echar ahora la culpa de lo sucedido?

Saunders quiso decir algo, pero le ahogó un borbotón de sangre. Perneó un poco y luego se relajó definitivamente.

Kyland regresó junto a la muchacha. Ylena le miró con ojos muy abiertos.

—Lo siento —dijo él—. Nunca es agradable disparar contra un ser humano, pero no tenía otra elección.

Ylena hizo un leve movimiento de aquiescencia. Kyland entró en el camarote y buscó en uno de los armarios, en el que encontró un mono de tejido suave y elástico, que entregó a la muchacha. Mientras ella se vestía, fue al cuarto de baño y llenó un vaso con agua que, unos segundos después, caía sobre el rostro de Roberta.

La joven emitió un agudo grito de protesta:

— ¡Tom, no seas bestia…!

De pronto se calló, al reconocer a Kyland.

—Tú… —dijo.

Kyland sonrió.

—He recobrado la nave —declaró—, Y no volvemos a la Tierra.

—Especie de bastardo...

Kyland empujó a Ylena hacia la salida.

—Permanecerás encerrada hasta que lleguemos a Whyssin. Y estarás en el planetoide, hasta que otra nave venga a recogeros.

Roberta quiso protestar, pero ya la puerta se cerraba rápidamente. Sin embargo, volvió a abrirse un instante, lo justo para que Kyland le diese una noticia:

—No esperes la ayuda de Tom; ha muerto.

Se oyó un seco chasquido. Roberta empezó a chillar histéricamente. Pero nadie hizo caso de sus llamadas.

* * *

Los prisioneros fueron desembarcados junto al borde oeste del planetoide, muy cerca de la fachada norte. Desde la escotilla, Kipp les hizo una advertencia:

—No se muevan de donde están. Hay cientos de kilómetros hasta Whyssin y sólo dispongo de un bote salvavidas, que podrá llevarlos hasta allí sin fatigas.

De pronto, Peter Queen se sentó en el suelo desmadejadamente.

—Tengo fiebre...

—Te daré unos analgésicos... —dijo Kyland.

Otro empezó a quejarse también. Una de las mujeres tiritaba violentamente. Kyland les dejó mantas y tabletas febrífugas, así como agua y algunos alimentos.

—No se muevan de aquí —recomendó finalmente, antes de cerrar la escotilla.

—Lo que has hecho es inútil —manifestó Ylena poco después—. He reconocido los síntomas, Kipp.

Kyland se volvió lentamente hacia ella.

—Tuve dudas cuando vi a Knudson, pero ahora ya no hay error —añadió la muchacha—. Como máximo, les queda una semana de vida.

—Dios mío —se aterró él.

—No padecerán demasiado; dos días antes, caerán en la inconsciencia.

—Pero el virus sigue su actividad...

—Hasta que los tejidos blandos se autodisuelven y sólo quedan los huesos.

Kyland se pasó la mano por la cara.

—Si no se hubiesen marchado, la vacuna les habría hecho inmunes —murmuró.

—Ya no se puede hacer nada por ellos, Kipp.

—Está bien —dijo el joven, tras una profunda inspiración—. Entonces hagamos algo por los que sí tienen aún posibilidades de sobrevivir.

La nave se elevó poco después. Kyland la hizo retroceder lentamente y luego perdió altura, hasta quedar frente al gigantesco farallón de ciento veinte kilómetros de altura, procurando situarla a la mitad de dicha distancia y muy cerca del punto en que el borde de La Losa se doblaba en ángulo casi perfectamente recto, para formar el borde delantero, encarado directamente hacia el sistema solar. Cuando hubo conseguido la posición adecuada, avanzó muy despacio, con infinitas precauciones, hasta que la proa tocó el paredón de roca.

El contacto, aparentemente suave, resultó sin embargo muy violento. De no haber sido por los arneses de seguridad, Kyland e Ylena habrían salido despedidos de sus asientos como simples briznas de paja arrastradas por un vendaval. Pero la nave se detuvo al fin, aunque volaba equiparada con el planetoide, a una velocidad indescriptible.

Kyland dio la máxima potencia a los motores y bloqueó los controles, colocando el desconectador automático, para evitar una explosión prematura por exceso de energía. Había, sin embargo, «relés» que conectarían y desconectarían los motores cuando la

potencia sobrepasara el límite fijado por el joven. En general, la nave seguiría presionando de una manera casi constante sobre el asteroide.

—Solamente una desviación de una milésima de grado, podríamos darnos por contentos —dijo—. Lástima que no podamos disponer de otra nave…

Ylena sonrió dulcemente.

—Al menos, lo has intentado —dijo.

Kipp asintió. Luego, con el cuaderno de bitácora bajo el brazo, se dirigió hacia la esclusa donde se hallaba uno de los botes salvavidas, con capacidad para treinta personas. Sería más que suficiente para llegar hasta Whyssin.

CAPITULO XII

El último de los componentes del grupo de Roberta fue descendido a la tumba. Roberta había sido enterrada cuatro días antes. Varias palas arrojaron tierra sobre la fosa. Al terminar la fúnebre ceremonia, Diego de Zoral hizo una cruz con dos ramas y la hincó en el suelo.

—Espero que el Señor se haya apiadado de ellos —dijo, como oración fúnebre.

N'Bomo asintió.

—En el Más Allá, habrán comprendido la enormidad de su error —añadió. Pasó el brazo por los hombros de Petra y sonrió—. ¿Vamos?

Diego se acercó a una hermosa nativa, con la que se le veía frecuentemente en los últimos tiempos.

—Me gustaría salir de caza contigo, mañana —dijo—. ¿Qué me contestas, Roanee? No soy muy bueno con el arco y quiero aprender...

La joven sonrió.

—Yo te enseñaré, Diego.

De Zoral se volvió hacia Kyland.

—Kipp, si consigues desviar el planetoide, no volveré a la Tierra —manifestó.

Kyland asintió. Luego, en unión de Ylena, se encaminó al observatorio.

—Aún no se percibe la menor desviación —dijo, desesperanzado.

—Recuerda que han de pasar varios meses para que se efectúe el cambio de rumbo —alegó Ylena.

—En esa respuesta tuya hay un pequeño error. Una cosa es el nuevo rumbo y otra el momento en que se inicia la maniobra para conseguir ese nuevo rumbo, cuando ya se produce la desviación. Te lo dije días atrás; con una milésima de grado, tendríamos más que suficiente.

—En el peor de los casos, siempre nos queda el recurso de la llamada de socorro, ¿no?

Kyland hizo un movimiento de cabeza.

—No desearía tener que hacerla —contestó.

Al cabo de un rato, emprendieron el regreso. Ya conocían la historia de la astronave que había llegado allí, con un solo tripulante y enfermo de muerte, además.

El nombre de la nave era *Arthemis* y el del tripulante Martin Radigan. La *Arthemis* se había posado sobre el otro planetoide. Varios de sus tripulantes desembarcaron, hartos de estar encerrados en la nave. La moral no era muy buena a bordo. La mayoría de los tripulantes habían sido reclutados con engaños. El capitán llevaba gran cantidad de mercancías de contrabando y trataba a sus hombres como si fuesen bestias.

Radigan había añadido algunas anotaciones propias en el cuaderno de bitácora. Hubo sangrientas peleas y, aunque muchos murieron, los tripulantes asesinaron al capitán y a sus oficiales. Los que quedaron, permanecieron una larga temporada en el planetoide, irresolutos acerca de la decisión que deberían tomar. Encontraron rastros de una ciudad subterránea y la exploraron por curiosidad. Al poco tiempo, empezaron a caer enfermos. Luego murieron sucesivamente. Radigan se asustó y escapó con la nave. Había sido oficial, pero le habían suspendido la licencia, debido a un accidente causado por negligencia. Cuando se notó enfermo, presintió su muerte y decidió poner proa a Whyssin.

En el cuaderno de bitácora aparecía una anotación significativa: Radigan no quería vagar eternamente por el espacio, en el ataúd flotante que era la *Arthemis*. Pedía que le diesen sepultura en tierra firme y, sin saberlo, había propagado la peste que exterminó el noventa por ciento de la población de Whyssin.

—Algún día viajaremos al otro planetoide y averiguaremos qué fue lo que causó la peste espacial —dijo Kyland.

—Cuando era pequeña, oí hablar a mis padres de un famoso biólogo que hacía curiosos experimentos, tratando de buscar drogas que prolongasen la existencia. Quizá uno de sus experimentos fue realizado en dirección errónea y…

—Es posible que ese biólogo creara un nuevo tipo de virus, contra

el que entonces no había defensa posible. Pensó que podría dominarlo, pero se equivocó… como el aprendiz de brujo de nuestras leyendas. Alterar las leyes naturales, sin conocer antes a fondo el resultado, suele producir consecuencias catastróficas.

Pero, en todo caso, pensó Kyland, aquél era un problema secundario. Había otros mucho más urgentes. Y entre los terrestres, todavía quedaban muchos no demasiado conformes con el uso que Kyland había hecho de la *Arthemis*.

* * *

Una semana más tarde, se celebraron dos bodas: Lonsdale con Gryttia y N'Bomo con Petra Gaines. Fue una ceremonia muy sencilla: Ophud preguntó sucesivamente a los componentes de cada pareja si querían vivir unidos el resto de sus días y al recibir las respuestas afirmativas, les declaró matrimonio. Entonces, inesperadamente, se adelantaron dos parejas: Diego de Zoral y Roanee, y Billy Mockle, ya casi curado, y Laura Stark. Ophud se sorprendió un instante, pero aceptó sus peticiones.

Los flamantes esposos recibieron numerosas felicitaciones. Luego se celebró un gran banquete. Antes de que la fiesta terminase, Kyland abandonó el lugar y se encaminó hacia la salida.

Una vez en el exterior, elevó la mirada hacia lo alto. El pequeño sol de Whyssin brillaba resplandecientemente. Tal vez pronto sería devorado por otro sol, infinitamente más cálido, para el cual aquel globo de luz creado por la mano del hombre, representaría lo mismo que un vaso de agua arrojado al vasto océano.

Kyland no podía evitar un profundo sentimiento de melancolía. Aquel diminuto mundo, el planeta que erraba por la galaxia, habitado por seres que habían llegado a conocer la bondad y el amor desinteresados, y entre los cuales no se planteaban jamás conflictos de ninguna clase, iba a arder como una pavesa en cuanto llegase a las proximidades del Sol. En tiempos, había formado parte de un planeta tan grande como la Tierra, pero ahora era un monumento que no debía ser destruido, tan valioso como los mejores hechos por los más famosos artistas.

Con el puño cerrado, se golpeó la palma de la mano izquierda,

preso de una rabia súbita, irreprimible.

—¡Y no podemos hacer nada por evitarlo…!

Súbitamente, un vivo chispazo hirió sus retinas.

Alzó la vista. Le pareció que soñaba.

Una astronave, brillante, resplandeciente el metal como si acabase de salir de la fundición, descendía lentamente hacia aquellos parajes.

Kyland sintió que se le paraba la respiración. No, no era posible; estaba soñando…

De pronto, oyó la voz de Ylena.

—Kipp, vi que te marchabas, antes de que acabase la fiesta. ¿Te sucede algo?

Kyland se volvió hacia la muchacha y tomó sus manos.

—Hoy me daban tentaciones de pedir que se celebrase otra boda —dijo sonriendo—, Pero no me sentía con el humor suficiente.

Ylena sonrió dulcemente.

—Si no podemos seguir siendo felices aquí, lo seremos en la Tierra —contestó.

—Creo que todavía hay una posibilidad —respondió él. Levantó la mano derecha y señaló a lo alto—, ¡Mira, Ylena!

Ella alzó la vista y emitió un grito de sorpresa.

—¡Kipp! Es…

—Es mi nave, la que me arrebataron unos granujas… y ahora, como sea, hemos de reconquistarla para unir su potencia a la de la *Arthemis.* Con la *Paradise* actuando a pleno rendimiento, podremos salvar Whyssin.

—Habrá lucha tal vez…

—Trataré de evitarlo. Pero cuando regresan aquí, es que no les han ido bien las cosas. Avisa a los demás, y diles que vengan armados, anda, date prisa.

Ylena echó a correr. Kyland quedó en el mismo sitio, observando ansiosamente el lento descenso de la astronave.

Un cuarto de hora después, la *Paradise* se detenía en el suelo. Decenas de nativos, y también los terrestres, acudían con los arcos y las flechas dispuestos.

Una escotilla se abrió y se desplegó la escalerilla. Al cabo de unos segundos, un hombre inició el descenso, pero antes de recorrer la mitad de los peldaños, se desplomó y cayó rodando hasta el suelo.

Kyland dio un salto hacia adelante. Asombrado, reconoció a Igor Slasewski, su tercer oficial.

—¡Igor! ¿Qué ha pasado?

Slasewski apenas si tenía fuerzas para hablar.

—Todos... muertos... De muchos de ellos ya no quedan más que los huesos... Algo... horripilante... Yo voy... a morir también...

Kyland dejó al oficial en manos de sus amigos y corrió hacia la nave. Diego y N'Bomo le siguieron en el acto.

Era un espectáculo alucinante. Por todas partes había cadáveres, unos deshaciéndose en un fétido líquido, que daba náuseas, y otros ya convertidos en mondos esqueletos. Algunos, era evidente, habían muerto pocas horas antes, pero no cabía la menor duda del origen de la enfermedad.

—Nosotros estaríamos ahora como ellos, si la nave hubiese proseguido su viaje con toda normalidad —dijo Kyland.

—Es cierto, pero debemos pensar, precisamente, en nosotros mismos, los que estamos vivos e inmunes —contestó Diego.

—Habrá mucho que limpiar aquí... —apuntó N'Bomo.

Kyland se volvió hacia sus amigos.

—Pero no lo haremos en tierra —dijo, con ojos centelleantes—. Tardaríamos horas enteras, tal vez días... y no podemos perder un solo segundo.

—¿Qué haremos entonces con los restos de estos desdichados? —consultó Diego—. Lanzarlos al espacio por el expulsor de desperdicios, me parece impío, Kipp.

—Los víveres no son problema para nosotros y hay cámaras frigoríficas suficientes. Un día podremos trasladar los restos de estos desdichados y darles decente sepultura en la tierra. Pero ahora es imperativo que utilicemos la energía de la *Paradise*… ¡Inmediatamente! —concluyó con gran énfasis.

Diego se alejó hacia la escotilla.

—Pediré voluntarios; es mucho trabajo para dos hombres solos. Kipp, ve a la cámara de mando; te avisaremos cuando estemos todos a bordo.

Kyland asintió. N'Bomo se alejó, en busca de materiales que les permitiesen realizar el fúnebre trabajo.

* * *

El Sol parecía mucho más grande, pero aún no habían llegado siquiera a la; órbita de Plutón. En el observatorio astronómico, Kyland contemplaba los instrumentos con el ceño fruncido.

Estaba pálido y un tanto demacrado. Tenía los ojos hundidos en las cuencas y hacía días que no se afeitaba. Prácticamente, llevaba una semana sin salir del observatorio.

Ylena llegó con una bolsa, en la que traía agua y comida. Kyland se había quedado adormilado y ella le despertó suavemente.

—Tienes que alimentarte —dijo.

Kyland asintió. Tomó algunos bocados, bebió un vaso de agua y luego se acercó a los instrumentos.

Al cabo de unos segundos, el Sol apareció en la pantalla. Kyland contempló las imágenes durante unos instantes y luego sintió una infinita laxitud.

El círculo amarillo del Sol ya no rozaba el punto de unión de las dos líneas que formaban la cruz filar. La desviación era claramente perceptible.

Ylena notó el temblor que sacudía el cuerpo del joven y se le acercó.

—Kipp, lo has conseguido…

Kyland guardó silencio todavía un buen rato. Luego pasó el brazo por la cintura de la muchacha.

—Pasaremos a unos ciento treinta millones de kilómetros del Sol, es decir, veinte millones menos que la Tierra. Será una especie de verano muy cálido, con elevadas temperaturas… Muchas plantas se agostarán, quizá haya escasez de agua…

—Disponemos de plantas que la fabrican, a partir del hidrógeno y el oxígeno contenidos en los minerales —alegó ella.

—Pero ese verano ardiente pasará y Whyssin podrá seguir su viaje errante por el espacio y todo volverá a ser como era —declaró Kyland, apasionadamente optimista acerca del futuro.

Se volvió hacia la muchacha y sonrió.

—Algunos de los terrestres querrán volver a sus casas —continuó —. Les dejaremos que se vayan; ahora parecen encontrarse a gusto, pero no podrían soportar esta existencia de un modo definitivo. Son como semillas de posibles conflictos y es preciso evitar que fructifiquen.

—¿Y tú, quieres quedarte?

Kyland la atrajo contra su pecho.

—Aquí he encontrado un nuevo hogar —contestó.

Ylena apoyó la cabeza en su hombro.

—Tu hogar será el mío —murmuró.

Estuvieron enlazados durante unos momentos. Luego, lentamente, se dirigieron hacia la salida.

Entonces vieron un grupo de gente que se acercaba al observatorio. Venían Lonsdale y Gryttia, N'Bomo y Petra, Diego y Roanee, Billy y Laura… y muchos otros, con Ophud al frente.

Todos ellos fijaron los ojos ansiosamente en el rostro de Kyland. El j oven alzó una mano y sonrió.

—Ya no hay peligro, amigos —exclamó—. Whyssin podrá seguir vagando por el espacio.

Estalló un clamor de alegría.

FIN